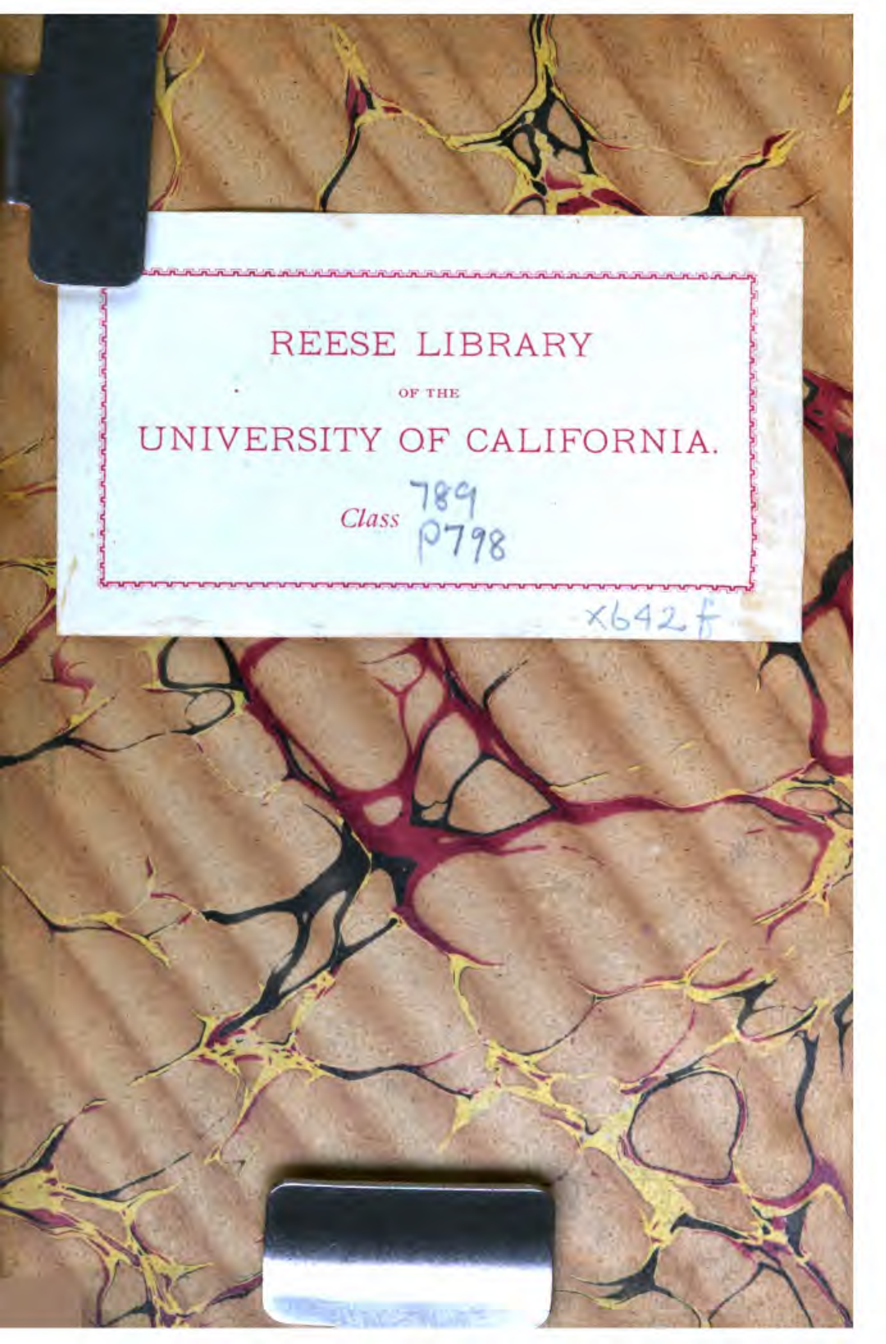
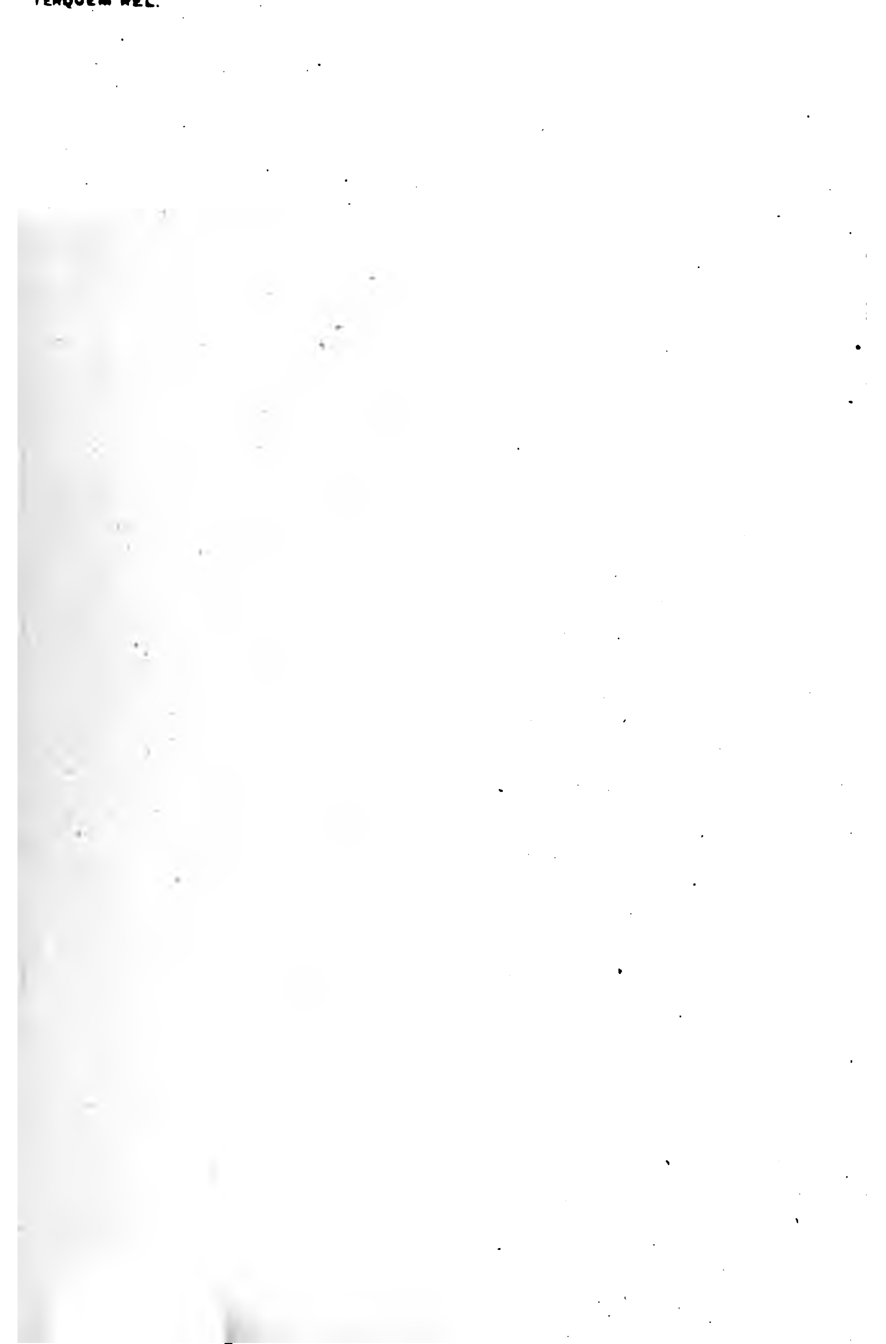
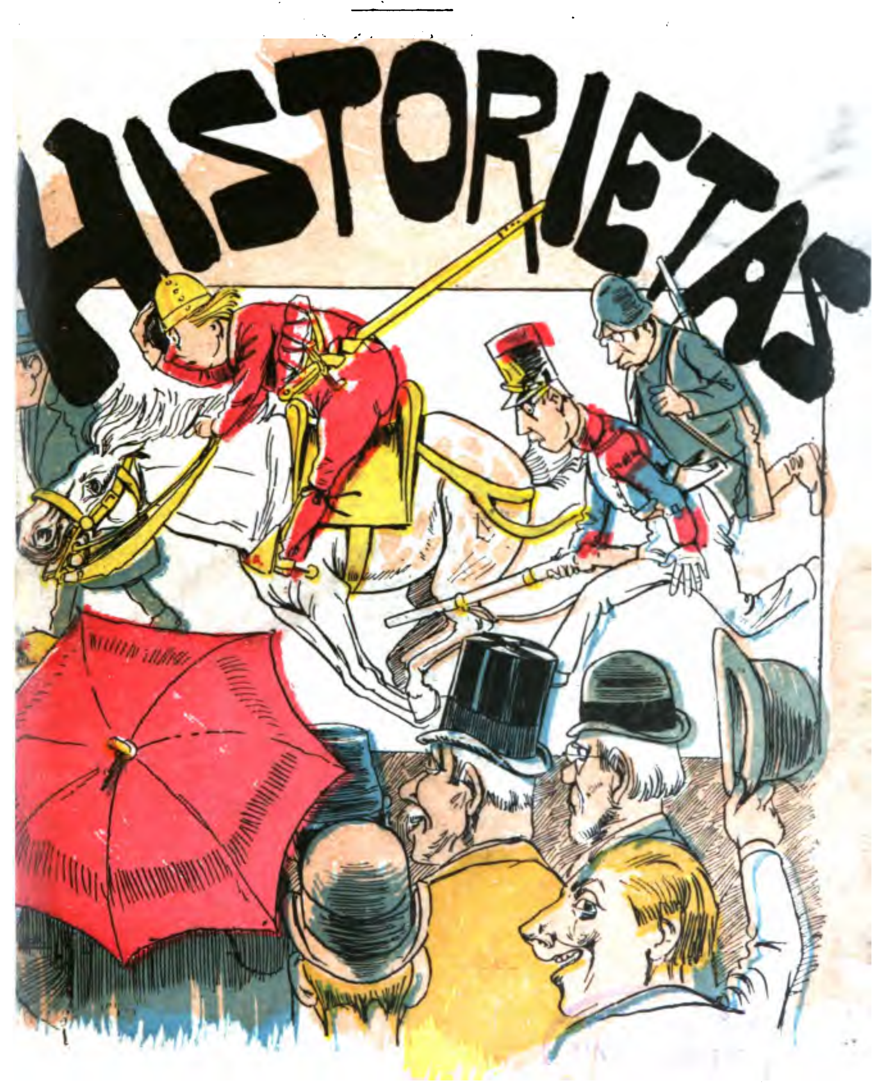

UC-NRLF
$B 299 481







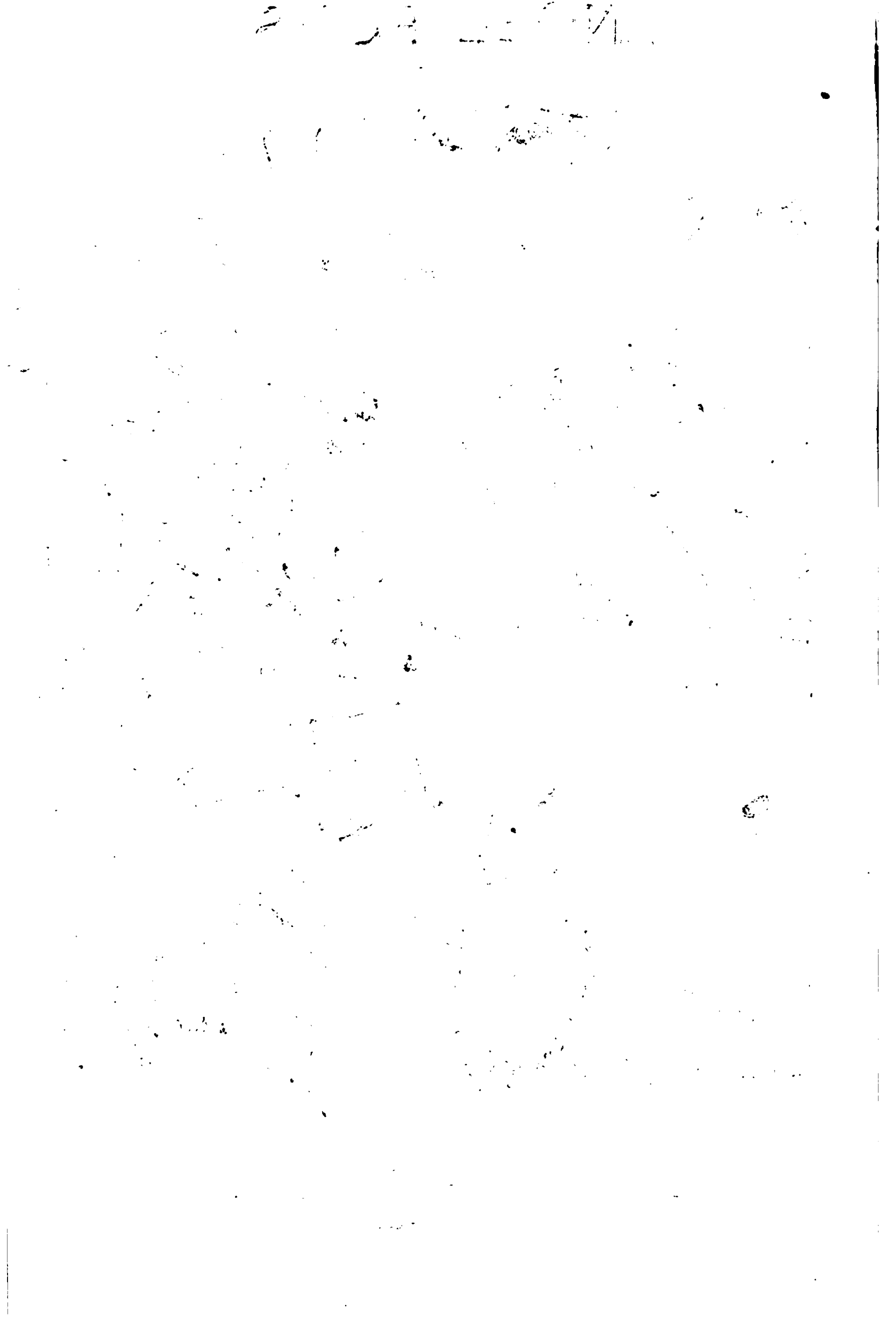
ANGEL PONS



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FE

Carrera de San Jerónimo, 2.



HISTORIETAS

HISTORIETAS

POR

ANGEL PONS



MADRID
Librería de Fernando Fé.
CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2

1892

Imprenta de E. Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

HISTORIETAS

La publicación de este libro no obedece á súplicas ni reiteradas instancias de los amigos. No. Creo firmemente que tanto mis amigos como los que no lo son, seguirían viviendo muy tranquilos aunque este libro no se publicara. Ninguno me ha pedido que coleccione alguna de las historietas que andaban por ahí desperdigadas, ni que hiciera otras nuevas que, como ustedes verán si se toman esa molestia, completan *mi obra*. La idea es mía, sí,

señores, muy mía, y perdonen la inmodestia en gracia de la franqueza.

Ya sé yo que no debí coleccionar lo que no merece ser publicado; pero se trataba de ganar unos cuartos, y esto es todo.

Grande atrevimiento es en mí echarme solo á la calle preguntando con el crítico: "¿Dónde está el público?„ Porque si bien mis monos habían sido recibidos menos mal (Dios se lo pague á ustedes), era gracias á la honrosa compañía de Castro y Serrano, *Clarín*, Cávia, Taboada, Palacio, Dicenta, etc.; pues con tales compañeros bien se va á todas partes, y mejor aún en los libros. Pero solo, completamente solo, no.

Quizás me salga caro el atrevimiento, y bien empleado me estará; pero siempre quedará demostrado que al hacer este libro no me guió ningún propósito pecaminoso; y allá, cuando transcurrido el tiempo aparezca algún ejemplar en los puestos del Rastro (donde Dios no quiera que vayan todos), verá, el que por acaso lo examine, que en

este libro no se zahiere á nadie, y que, á pesar de la época de apasionamientos y ataques personalísimos en que vivimos, no se alude ni molesta á persona alguna.

Son historietas, cuentos, cosas que he ido haciendo al correr de la pluma ó el lápiz, unas originales, de consejas populares otras.

Esto es todo: ni el libro tiene trascendencia, ni era esperado por nadie, ni maldita la falta que hacía.

Siento no tener la maestría de Oberländer y Maurier ó la gracia inimitable de Busch, para que mi trabajo resultara más ameno; pero hago todo lo que puedo y doy todo lo que tengo, escudándome tras aquello de que el que da lo que tiene no está obligado á más.

Algo extraño es en España un libro de este género. Muy contados dibujantes han publicado obras parecidas. En cambio en Francia, Inglaterra y Alemania, sobre todo en esta última, son muy frecuentes las co-

lecciones de dibujos en libros de forma usual y corriente, y alcanzan un éxito que (permítanme ustedes que lo diga, se trata de una gloria del gremio), ya quisieran para sí nuestros más leídos escritores.

Natural era que aquí se intentara algo parecido, aunque en más modestas proporciones; no sólo modesta por el reducido mercado de nuestros libros, sino más aún por la obscura firma que suscribe esta obra.



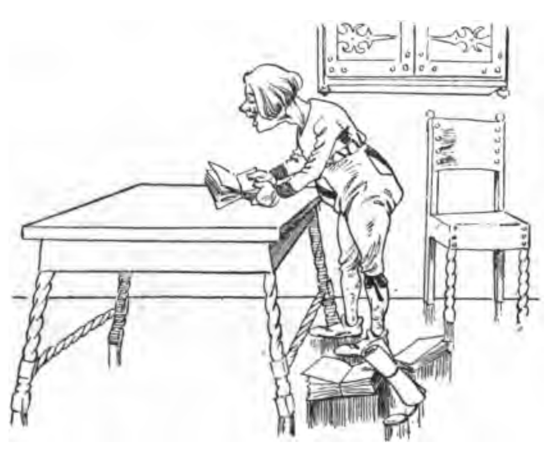
Un documento.



Después de opípara comida y para alejar el sueño que le andaba rondando,



decide el señor de Sietescudos revolver los papeles de sus antepasados,



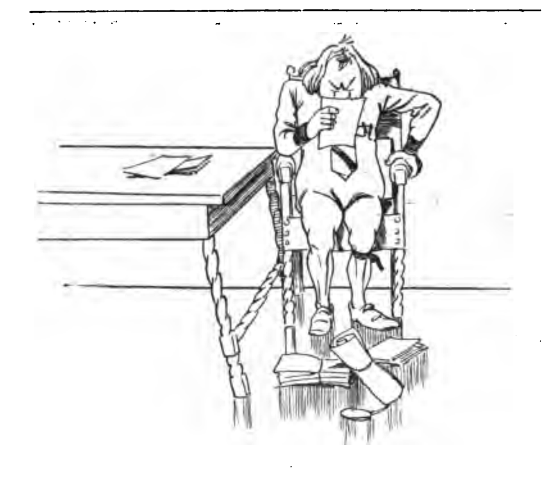
principalmente la correspondencia particular. Debía de haber allí cosas muy interesantes,



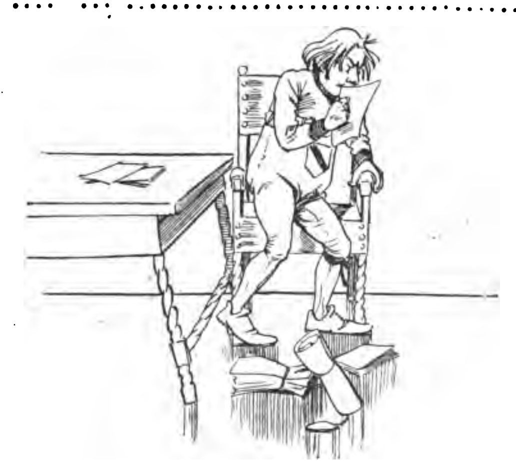
y más de una aventurilla amorosa, porque sus antepasados tenían fama de galantes y tal. Veamos.



....



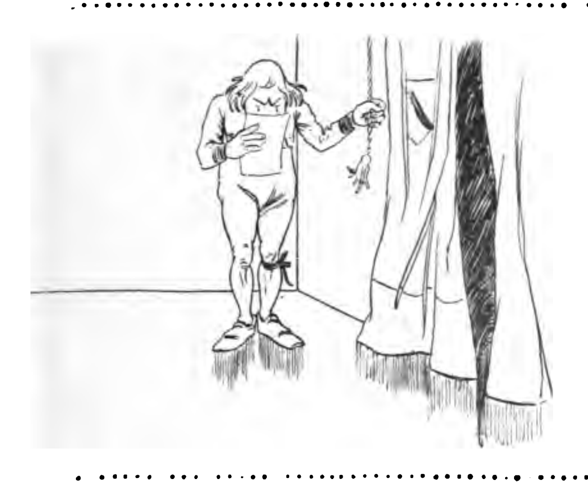
. . . .



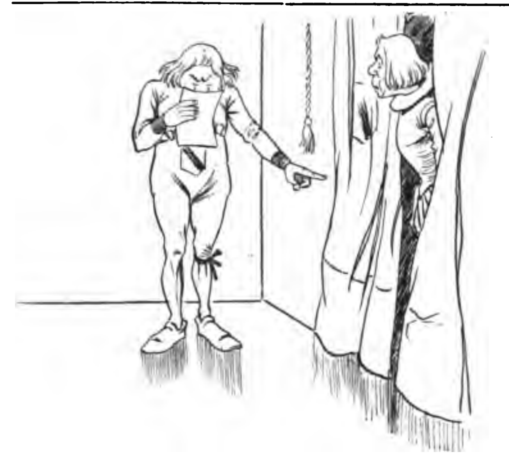
. . . .



. . . .



. . . .



—¡Pronto! Mis armas, mi caballo.



....

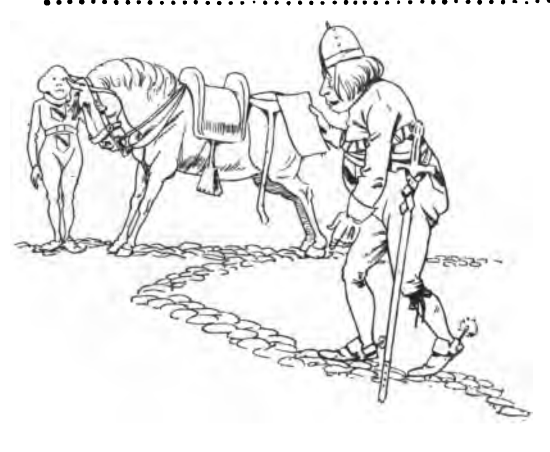


....



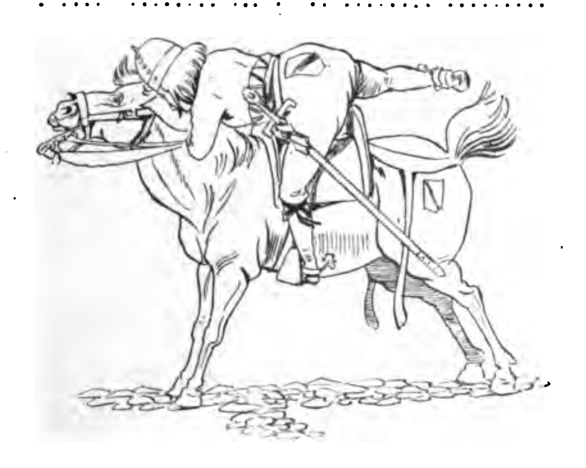
....







. ...



....



. . . .



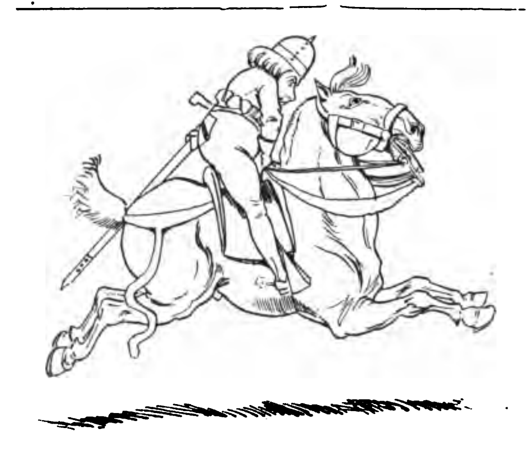
. . . .



¿Cuál será el camino más corto?



Allá veremos.



. . . .



. . . .





Por aquí no voy bien.



Y por aquí tampoco. Pero es preciso llegar.



¡Al galope!



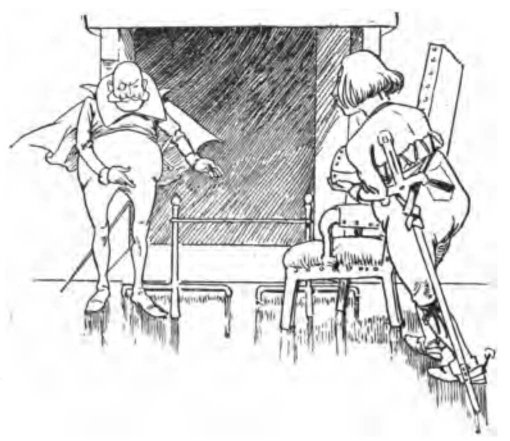
. . . .



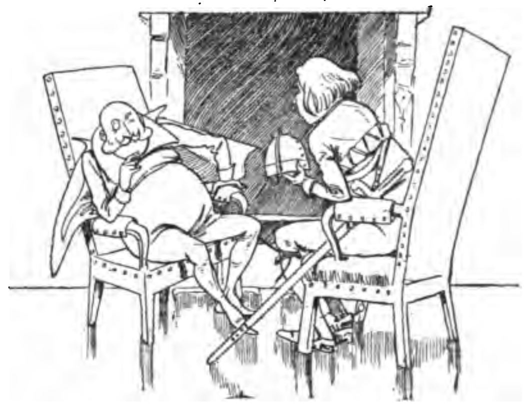
—¡Ah del castillo!



Un gentil hombre le tiene las riendas,



y es introducido á presencia del señor de la casa.



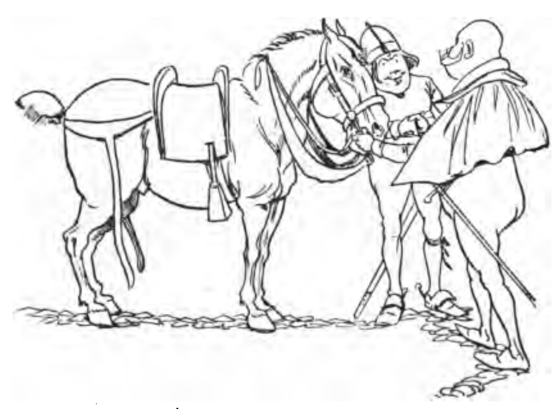
A quien expone el objeto de su visita.



Se trata de un documento de sus antepasados en que una mujer—hermosa sin duda—pide ser redimida de cautiverio.



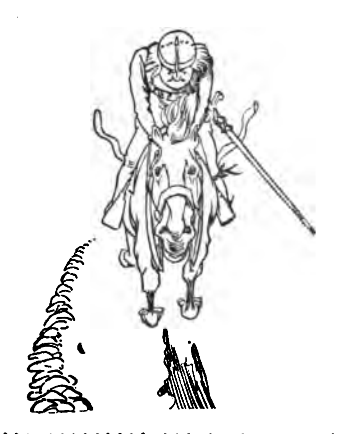
—Pues allí no es. Quizás en el castillo que precisamente se divisa desde la terraza.



—No hay que perder tiempo. En marcha.



– Gracias mil por todo, y hasta la vista.



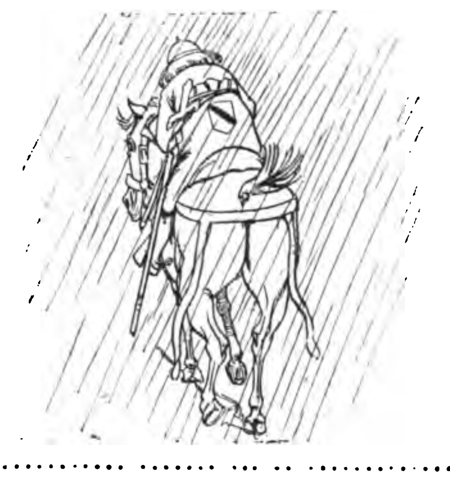
.. ..



....



Pareçe que va á llover.



. . . .



. . . .



¿Un precipicio?



¡Y gordo!



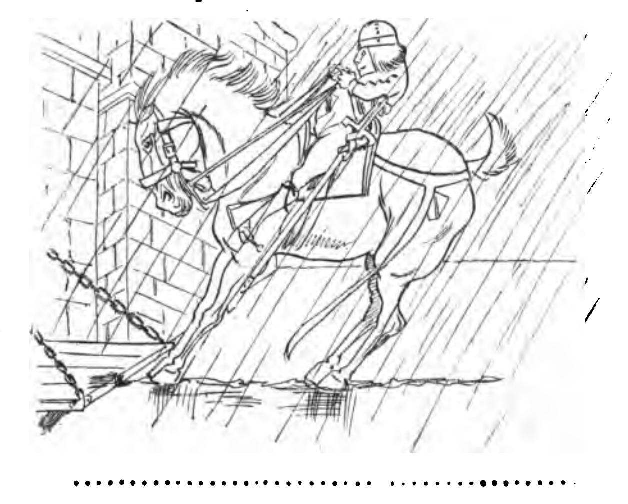
¡Todo por ella, y sea lo que Dios quiera!



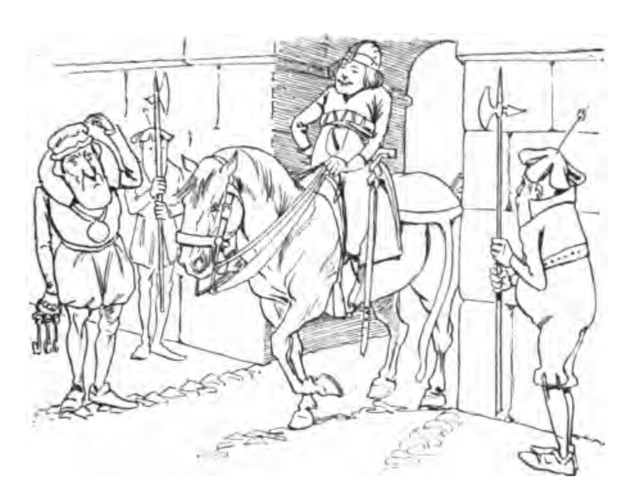
. . . .



Ya falta poco.



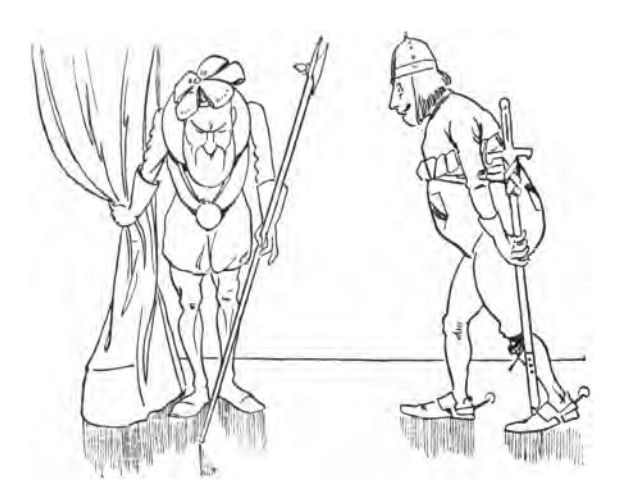
....



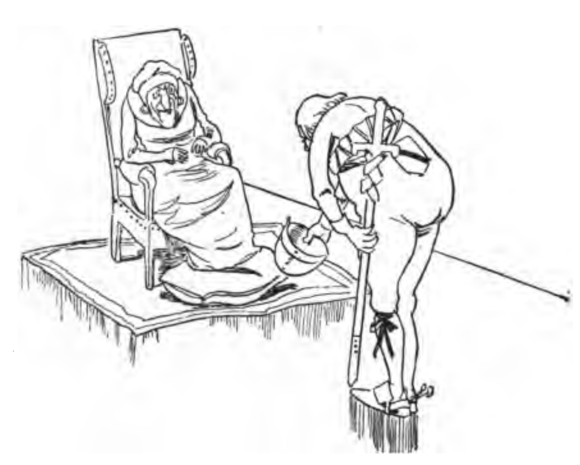
Es recibido con todos los honores de gran señor,



y se le ofrece un refresco en el jarro de oro de los magnates,



Pero lo que le corría prisa era ver al señor del castillo.



Que era señora, y un tanto anciana.



La saluda cortés y respetuosamente,



y exige le entreguen en el acto la cautiva que cree encerrada.



Y como la señora y dueña lo pusiera en duda, le exhibe el documento en cuestión,



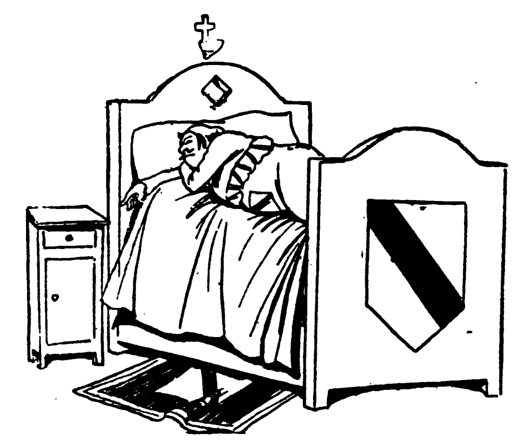
que lee con avidez para explicarse el enigma



y... ¡júzguese del efecto! la tal carta la había escrito ella misma, la vieja, años antes, y por pura broma, á uno de los antecesores del señor de los Sietescudos.



Y cuando mohino y cansado se retiraba á su casa el joven señor de los Sietescudos, hacía formal promesa de no volver á leer papel alguno después de la comida.



De ahí la antiquísima institución de la siesta, y de ahí también la famosa frase: *Más te valiera estar duermes.*

El salteador miope.



Se acercaba la primera víctima. El golpe era seguro.



—¡Alto! Venga todo lo que llevas, ó entregas la pelleja.



—Sobre todo el dinero.



Y hasta otra.



¿Qué es esto? ¡Un guardia!



—¡Piedad, piedad para mí!...



—Ahí queda todo. Yo no lo haré más. ¡Lo juro!



Entretanto el pobre robado seguía su camino, maldiciendo de su mala estrella.



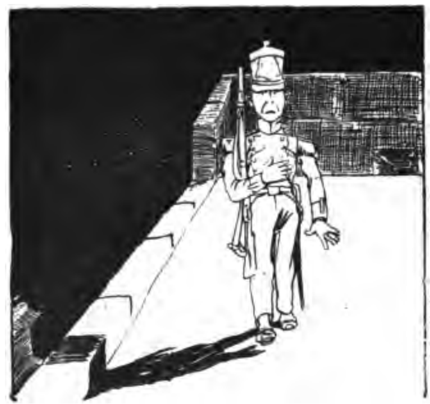
Y cátate que al llegar donde estaba el espantajo vió que no era tan mala, pues allí estaba todo.

En estado de sitio.

A Federico Urrecha.



Al relevar la centinela se le advierte que vigile cuidadosamente, porque se teme una sorpresa por aquella parte.



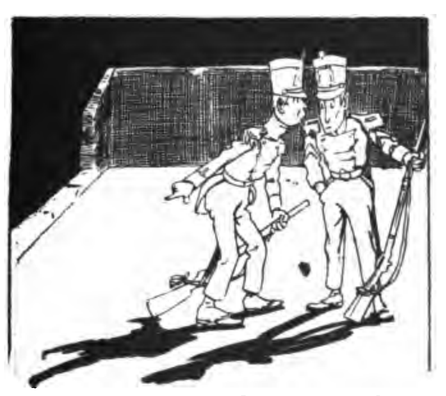
Si hubiera una sorpresa en tales circunstancias, sería él la primera víctima.



¡Si antes lo piensa! Apostaría él cualquier cosa buena á que allí se mueve una sombra.



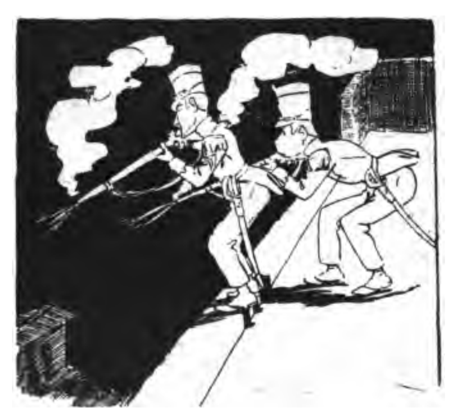
No cabe duda; una sombra es. Pues él no está dispuesto á ser el primero. ¡Al cabo!



¡Vaya si están ahí! Como que ha visto uno cuando menos.



La cosa se pone fea. Ya no es uno: ¡scn dos!



Por lo que pueda tronar: ¡fuego!, y Dios sea con todos.



Al ruido de los disparos acude alarmado el cuerpo de guardia...



Que á las órdenes del oficial, también hace fuego.



Toda la guarnición, que ya estaba prevenida, corre como un solo hombre al sitio del peligro.



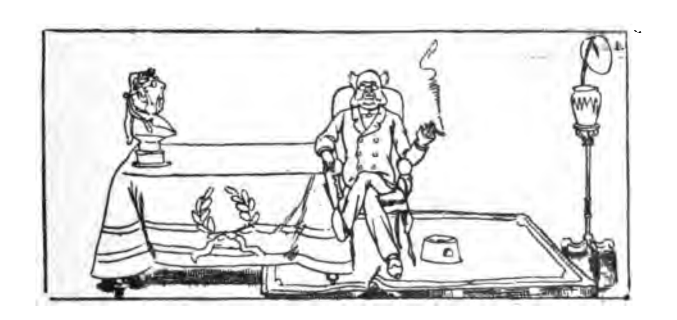
Y se pasan la noche sosteniendo un fuego incesante y nutrido.

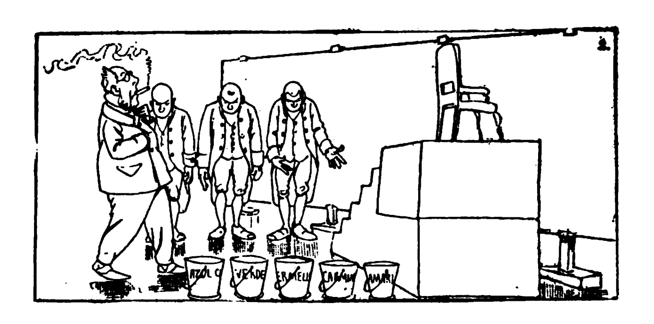


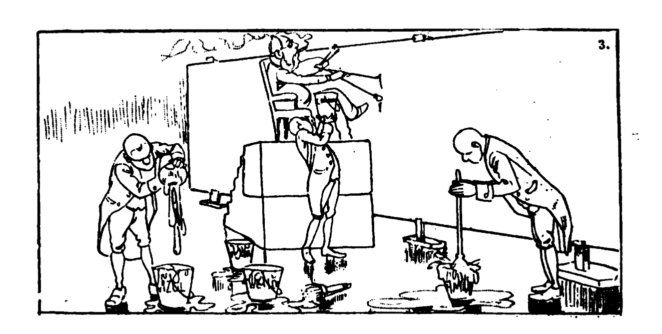
A la mañana siguiente se hace un reconocimiento, y ven que han estado acribillando á balazos sus propias sombras, proyectadas en una pared inmediata.

¡Oh, la inspiración!

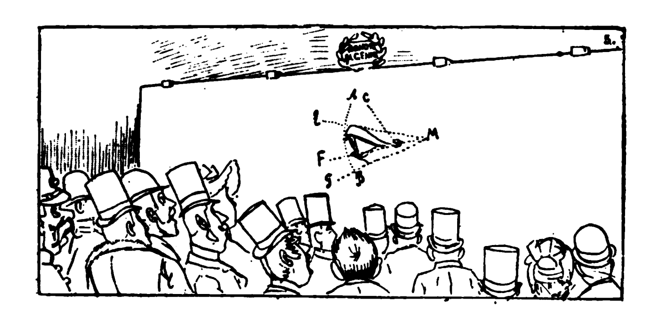
Ó LA GLORIA DE UN ACADÉMICO




AZÓL C
VERDE
ERMELL
AMARI


3.



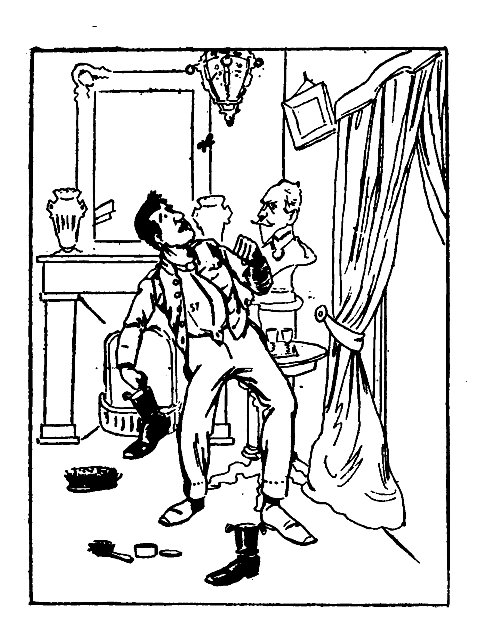

A C
L
M
F
G B
S.


A. Pons

El primer hecho de armas












57


57


A. Pons

Más vale maña

que fuerza.



Dos valientes guerrilleros, terror de la comarca, se sientan á descansar al pie de un árbol, después de reñida batalla.

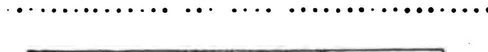


Pero no han parado mientes en un tímido soldado, que desde el comienzo de la pelea se ha ocultado cuidadosamente en el tronco del árbol.



Al cual soldado se le ocurre una idea, que pone en práctica, para lo que le sirve como de molde la pluma del capacete.







.. ..



....



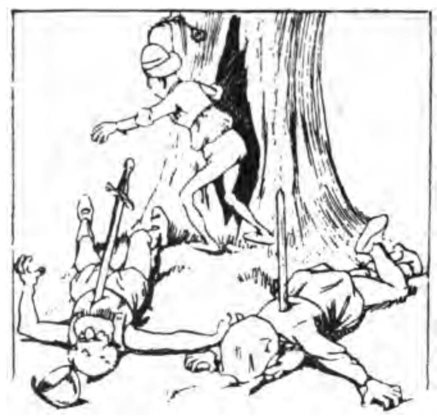
Pero la pluma no basta. Hay que apelar á otros recursos.



Que surten el efecto apetecido.



¡Vaya si lo surten!



¡Corro á avisar á los míos!



—Esta es mi obra. Yo solo he dado muerte á los dos hombres más temibles de estos contornos.



¡Gloria al vencedor! ¡Viva el héroe!

Una mala pista.



Parece que no hay peligro.



Nada. El campo es mío.



Veremos quién es el guapo que se atreve á pasar por aquí.



Vamos andando.



Parecen pisadas...



Efectivamente: pisadas son.



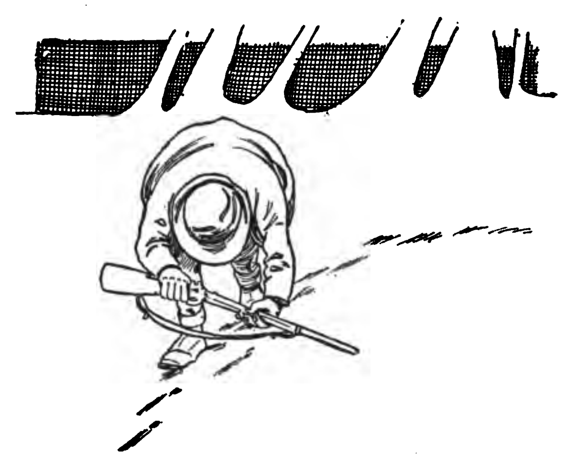
. . . .



¿Será uno solo? ¿Serán varios?



Parecen de uno nada más.



Sí, y es hombre.



¿Estará oculto?





¡A ver!...



Tranquilízate. Nadie,



Sigamos.



Éstas parecen más recientes.



¡Recientísimas!



¡Y se oyen pasos!



¡Ya se acerca! ¡Cayó el pez!



¡Vaya si cayó!


A. Pons

....

Las llaves de la caja.



'En casa del banquero Sr. Palomeque se ha efectuado ayer un robo, por haber dejado puestas las llaves de la caja.„



Y á propósito...



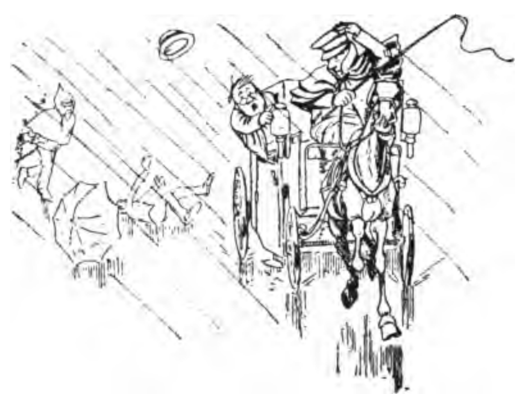
¿A que yo también?...



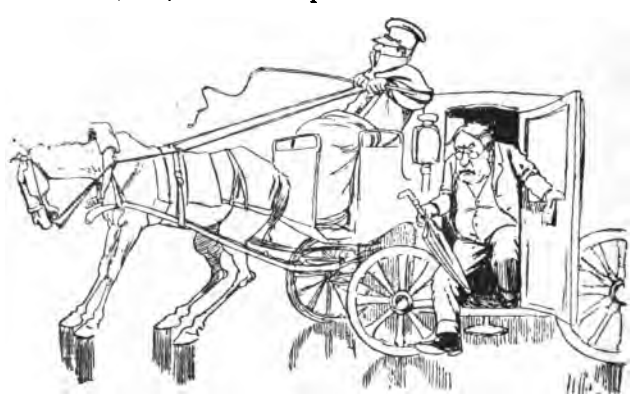
¿No lo dije? ¡Corramos!



—¡A escape! ¡Dos pesetas de propina! ¡Gato, 7, tercero!



—¡Ahí, frente á la panadería!



—¡Paraaa! ¡¡Paraaaa!!



¡Dios mío! ¿Qué habrá pasado?



Tranquilicémonos. Todo está intacto.



¡Naturalmente! Como que yo aquí nunca he guardado nada. Pero ¿y si lo hubiera guardado?

Un soneto

de Hurtado de Mendoza.



Dentro de un santo templo un hombre honrado
con grande devoción rezando estaba;



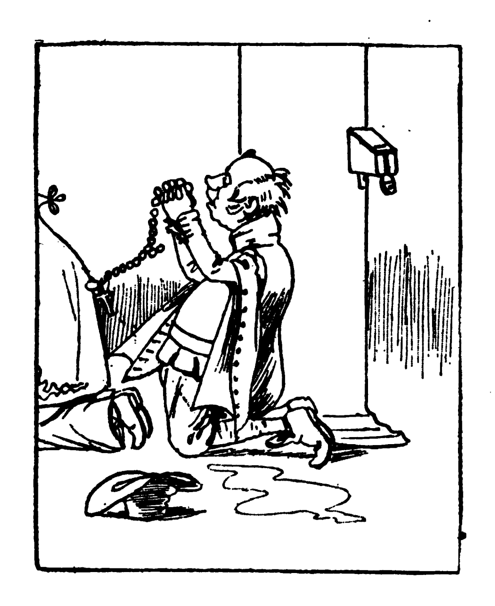
sus ojos hechos fuentes, enviaba
mil suspiros del pecho apasionado.



Después que por gran rato hubo besado
las religiosas cuentas que llevaba,



con ellas el buen hombre se tocaba
los ojos, boca, sienes y costado.



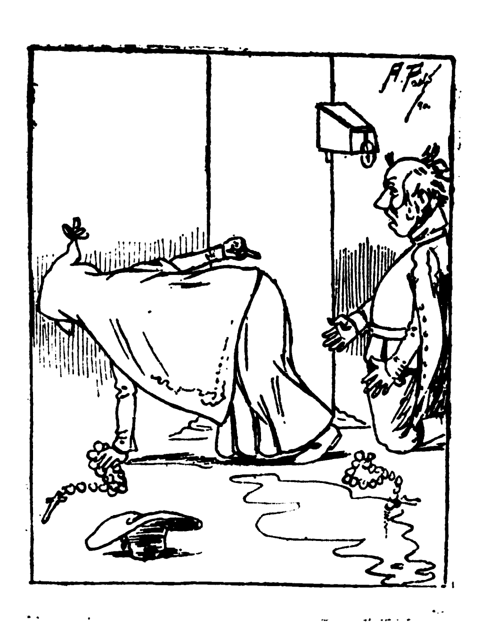
Creció la devoción...



y pretendiendo
besar el suelo al fin, porque creía
que mayor humildad en esto encierra,



lugar pide á una vieja.



Ella volviendo
el salvo honor le muestra y le decía:
—Besad, aquí, señor, que todo es tierra.

El crimen de ayer.



Paseaba una tarde don Próspero por las inmediaciones del pueblo...



...cuando le pareció oir lamentos detrás de una tapia.



Efectivamente: una voz quejumbrosa decía: "Padre, madre, ¡que me matan!„



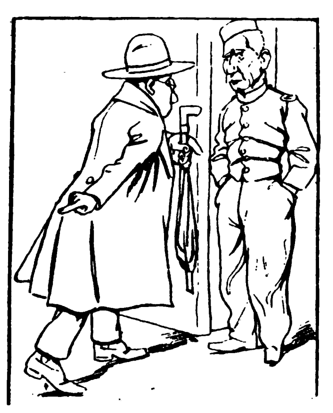
Aquello era horrible. ¡Un asesinato tal vez!



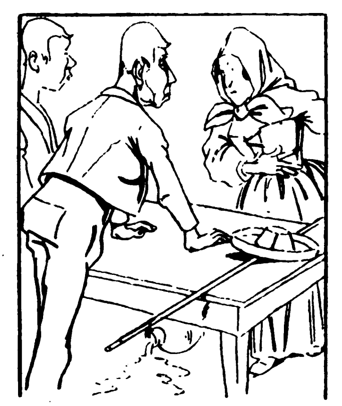
Lo inmediato era avisar á las autoridades.



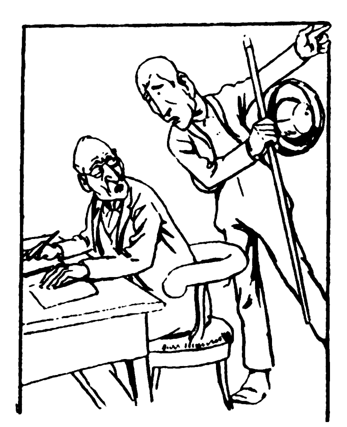
En el camino encuentra á una vecina, á la que pone en autos.



Mientras él previene á la Guardia civil.



Ella dice al alcalde lo que ocurre en su propia huerta



Alarmado el alcalde, reclama la presencia del juez municipal.



El sacristán, en previsión de lo que pudiera ocurrir, echa á vuelo las campanas.



Sale precipitadamente el único bombín de incendios.



También el cura se pone en marcha, por si fueran necesarios sus auxilios.



Tras él va una camilla, escoltada por el médico y el boticario.



Y todos juntos van al lugar del triste suceso.



Cuando llegaron, aún se oían los ayes y lamentos de la víctima.

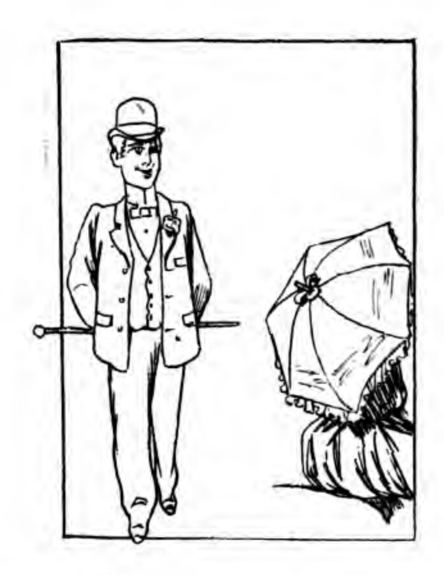


Que no era otra cosa que el propio hijo del alcalde, que en los ratos de ocio se ensayaba en el cante flamenco:

«Pare, mare, que me matan
y no me puedo valer;
son dos negros asesinos
los ojos de esa mujer.»



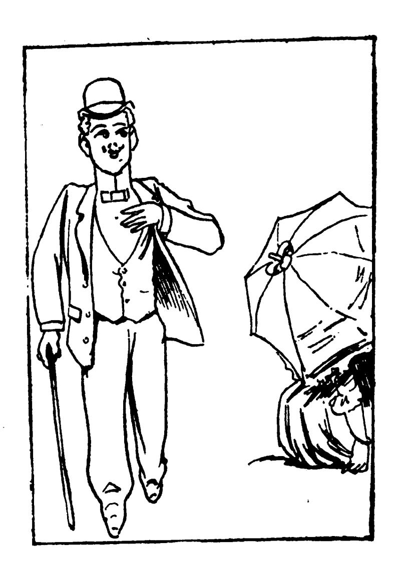
Una conquista.



—Aventurilla tenemos.



Y apostaba cualquier cosa que es guapa.



Pero muy guapa.



!...!

El rapto de la Sabina.



Sabina gozaba fama de ser una de las mujeres más hermosas de su tiempo.



Siempre que salía, iba seguida de una corte de adoradores.



Y cuando, para librarse de ellos, se encierra, su casa se ve constantemente rondada.



Afortunadamente, su guardiana no se separa un momento de la puerta.



Uno de los más asiduos rondadores es Rómulo, un mozo de mucho provecho y de buen aspecto.



Allí pasa los mejores días de su vida, aun que inútilmente. El corazón de Sabina no se rinde.



Así lo creía él; pero cátate que un día vió entrar en la casa á un rico comerciante, ya entradito en años.



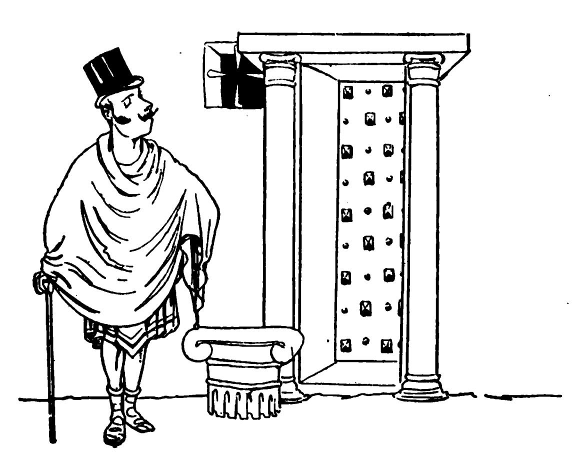
Que tardó en salir.



Pero que lo hizo á poco, ellvando de la mano á la hermosa Sabina.



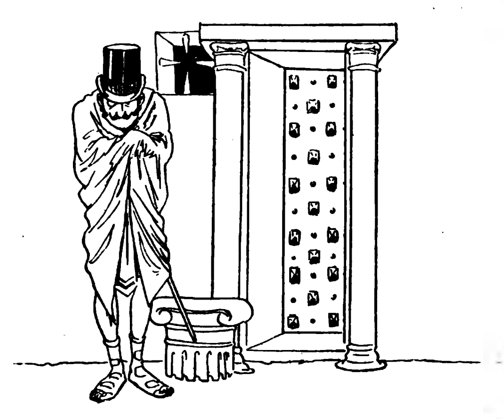
Por la dueña supo que iban á casarse.



A pesar de esto, aún siguió rondando la casa. Quería el amor de Sabina á todo trance.



Y la seguía á todas partes, aunque fuera acompañada de su marido.



Pero todo era inútil. No adelantaba una línea.



Y con tal motivo le entró una pena que le comía.



Y se pasaba los días en largas y profundas meditaciones.



Hasta que se le ocurrió una idea.



Y muy buena. La de robarla.



Ya que no quiere por buenas, será por malas.



Manos á la obra.



Lo primero era atraerse á la dueña,



exponerle la idea



y gratificarla espléndidamente.



Todo ¡claro está! á cambio de la llave.



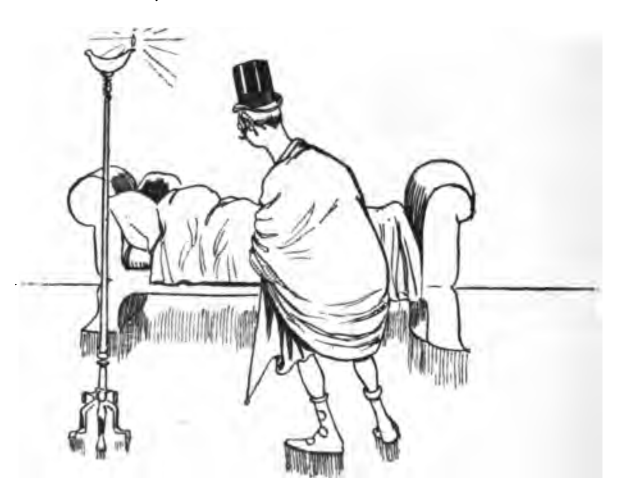
Esperó tranquilo que llegara la noche,



y penetró con gran cautela, para no hacer el menor ruido.



Llegó hasta la propia alcoba de su adorada Sabina,



y distinguió, aunque un tanto confuso, el deseado bulto.



Verlo y cargar con él, fué cosa de un momento.



Y á la calle cuanto antes, no haga el diablo que se despierte el marido.



Llegó á la casa que él habitaba, y donde transcurrían los tristes días de soledad.



Depositó con cuidado su preciosa carga;



y, postrándose, levantó el velo que cubría el hermoso rostro.



. . . .

¡Había *raptado* al marido de Sabina!

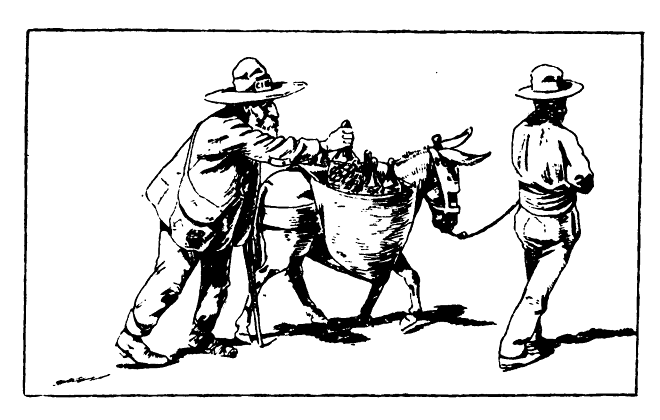
Lo robado no luce.



Una limosna para este pobre ciego...



No veo á nadie. ¡Si pudiera atraparle una botella!...



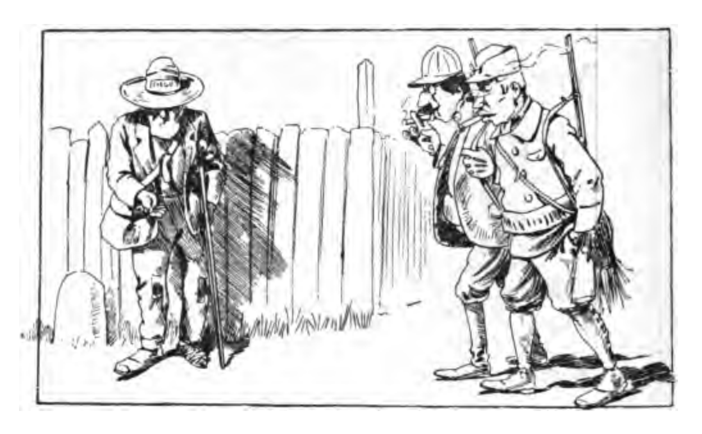
Casualmente el médico me ha mandado refrescar...



¡Esta ya no se me escapa!



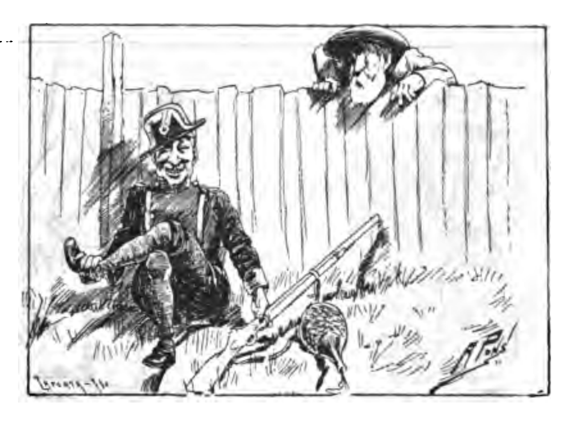
¡Ojo, que viene gente!



Una limosna á este pobrecito ciego...



¿Se habrá roto al caer?



¡Un guardia! ¡Y ha tomado la gran papalina!

Un filósofo.









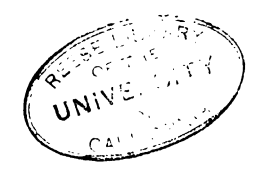




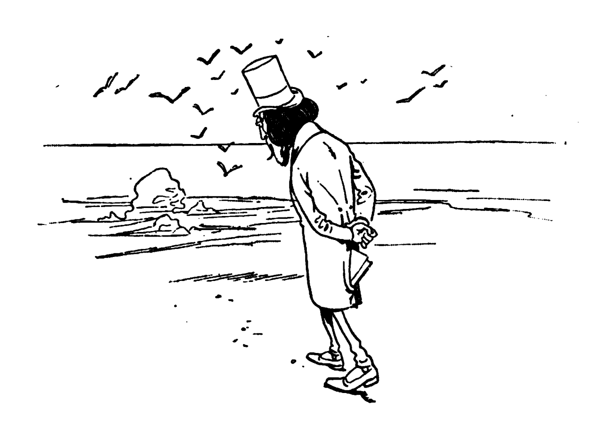


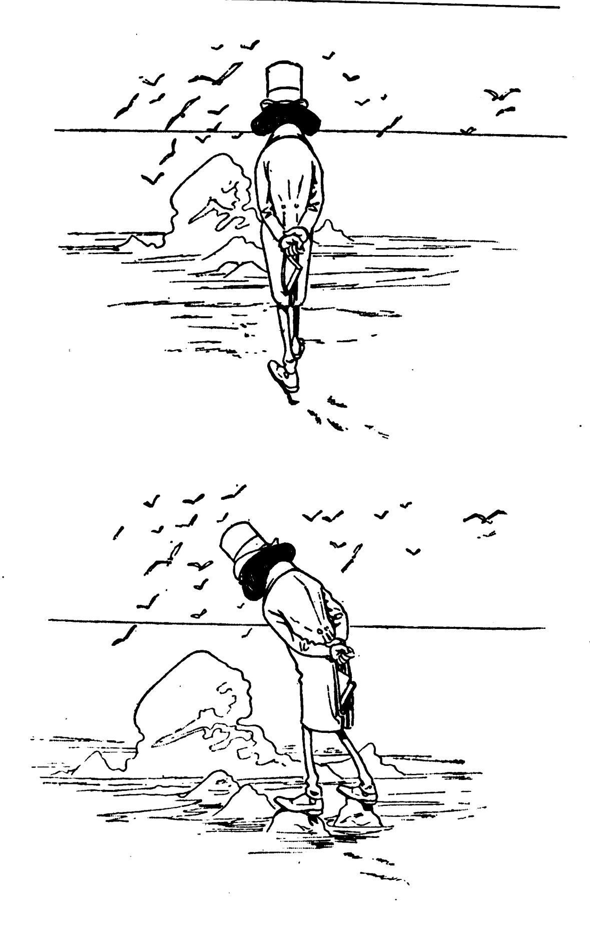


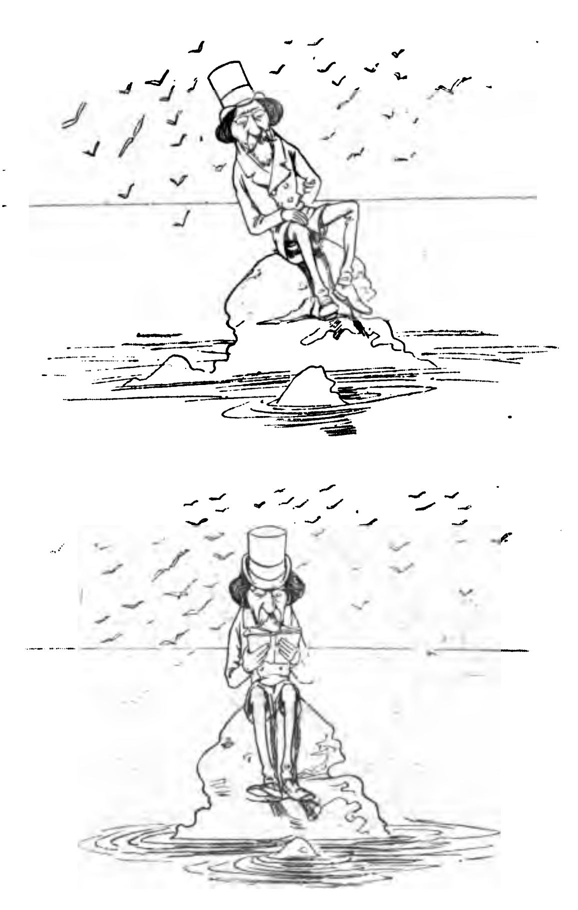


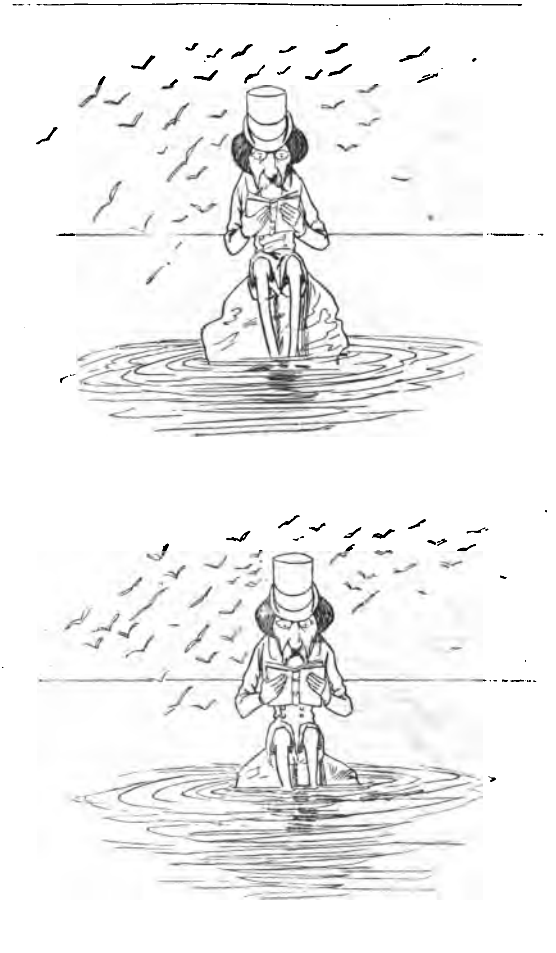


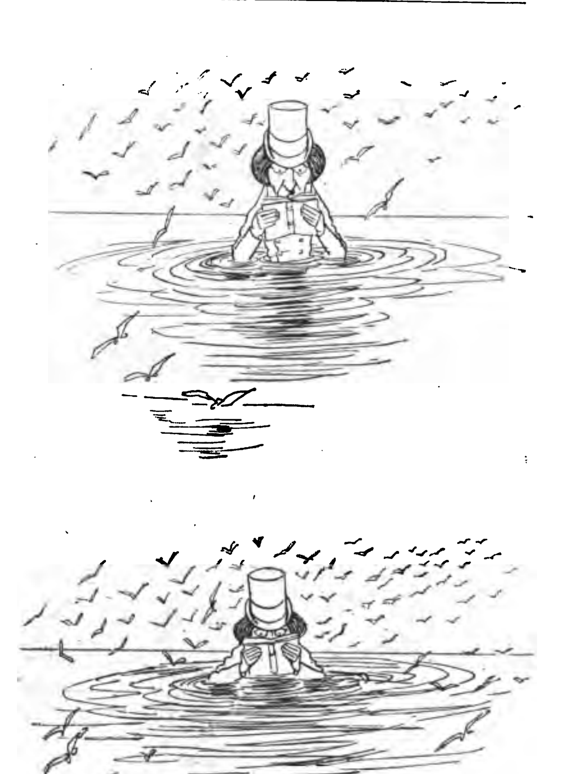
Una lectura interesante.







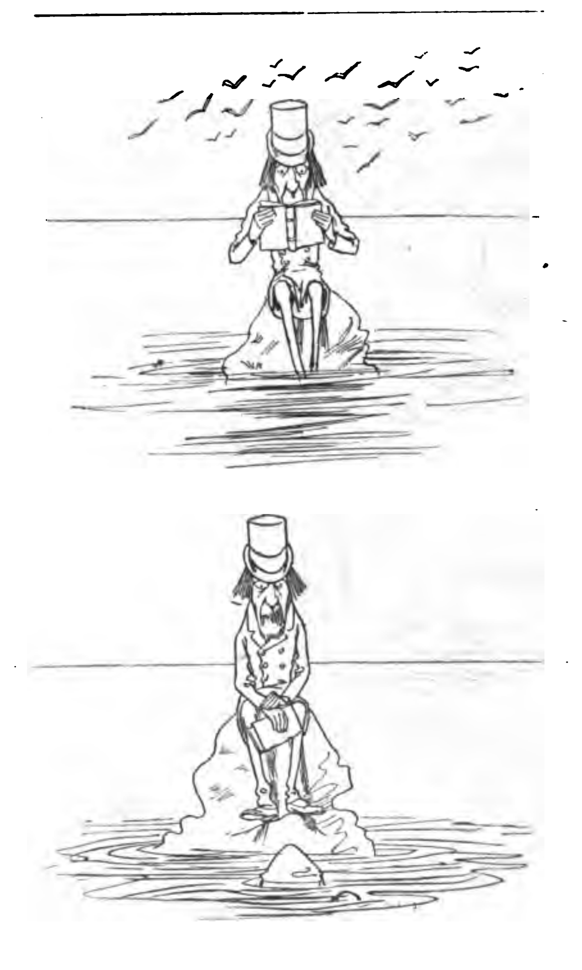


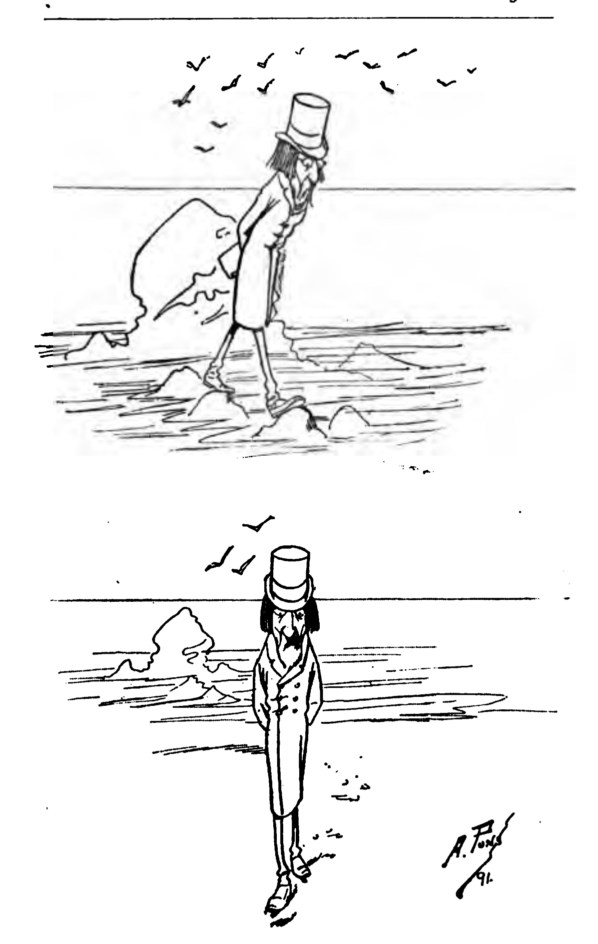











A. Pons
91.

Un libro raro.



Era don Aurelio cervantista empedernido. Tenía cuantas ediciones se han hecho de la biblioteca de *Don Quijote.* Sólo un libro le faltaba: la tercera edición de *Tirante el Blanco.*



No es, pues, de extrañar que se pasara los mejores días de su vida revolviendo librerías de viejo para encontrar el tan deseado ejemplar.



Ni tampoco que su hija, aprovechando las ausencias de papá, entretuviera sus ocios oyendo galanteos y promesas más ó menos sinceras.



Pero ¡ay! que un día que el viejo regresaba furioso por no haber encontrado su libro, sorprende á los amantes..



Y, ciego de ira, arroja de su casa al intruso galanteador de su hija.



Él sólo podrá consentir la boda con el que le traiga un ejemplar de la tercera edición de *Tirante el Blanco.*



¿De *Tirante el Blanco?* ¿A cambio de esa obra me llevo la chica? El libro vendrá. ¡Vaya si vendrá!



Y también el chico se dedica á revolver los puestos de libros viejos, con más afán, si cabe, que el respetable don Aurelio.



Por fin, un día el novio se presenta en casa del respetable cervantista con el tan deseado ejemplar, á condición de no abrirlo hasta el día de la boda.



Comprometido á ello, el viejo le estrecha contra su corazón.



Celebrada la boda, les da su bendición paternal. Y ahora... ¡á hojear el libro!



Pero ¿qué es esto?...

—⊱ ⊰—

«No podrá fumar...»



Estar de centinela con este frío, es insoportable.



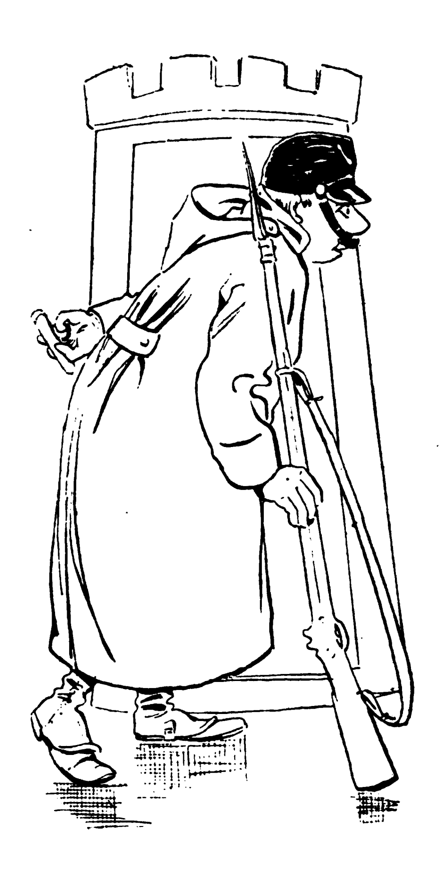
Si al menos permitieran fumar un cigarrillo...



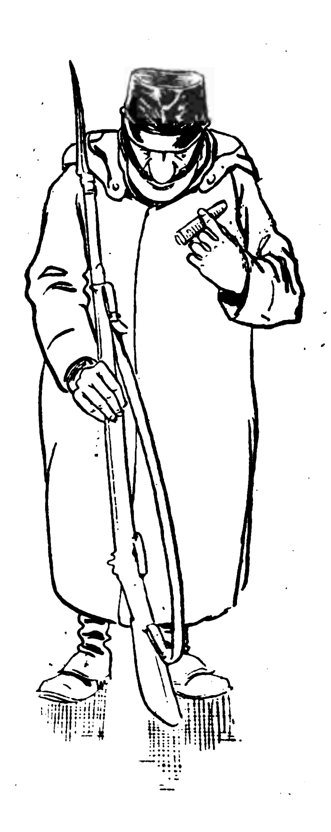
¡A propósito!



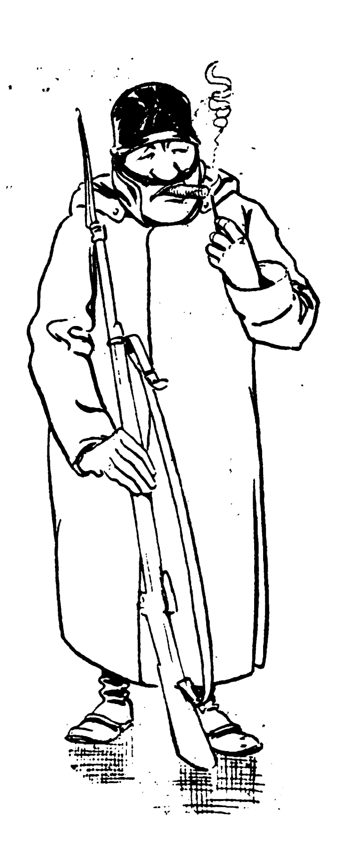
. . . .



No haga el diablo que venga el oficial.



Tiene muy buena cara.



Y no arde mal.



Vamos, esto ya es más soportable.



¡Qué! ¡El oficial!



Ahora será ella.



—Tú estabas fumando, no lo niegues. ¡A ver, el cigarro!



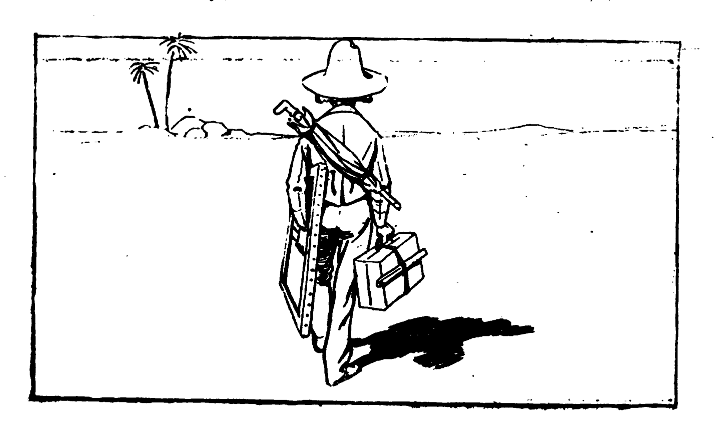


—¿No sabes que, según la Ordenanza, no se puede fumar estando de centinela?

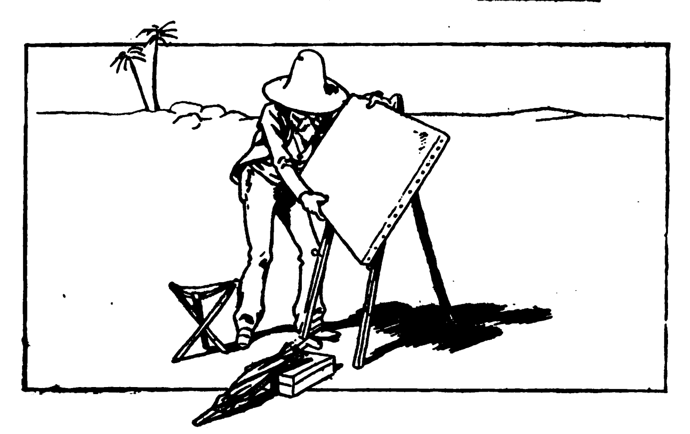


¡Bueno!...

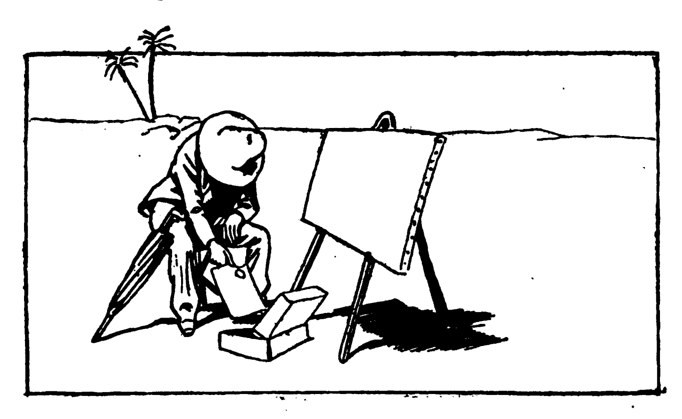
Pinta mal, y acertarás.



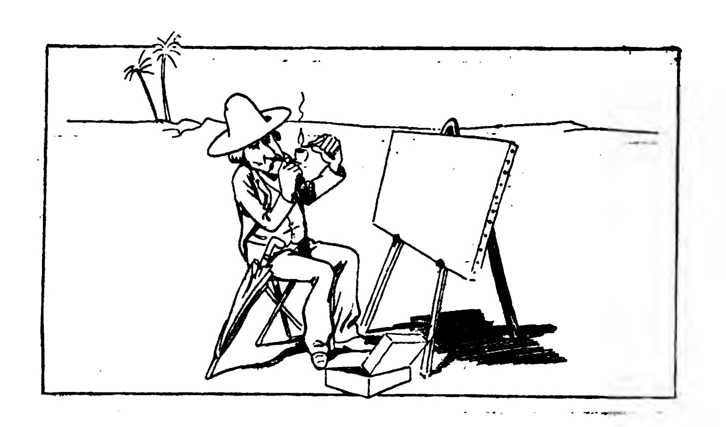
El hombre necesitaba unos leones para su cuadro, y acordó marchar al desierto. . . .



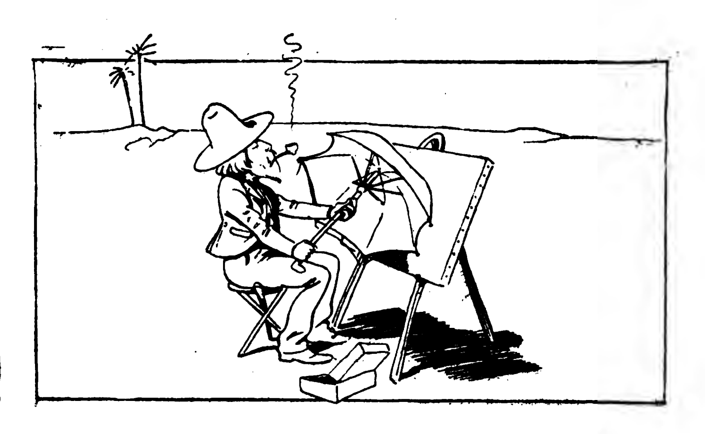
Mal habían de venir las cosas para que no se presentara un buen modelo.



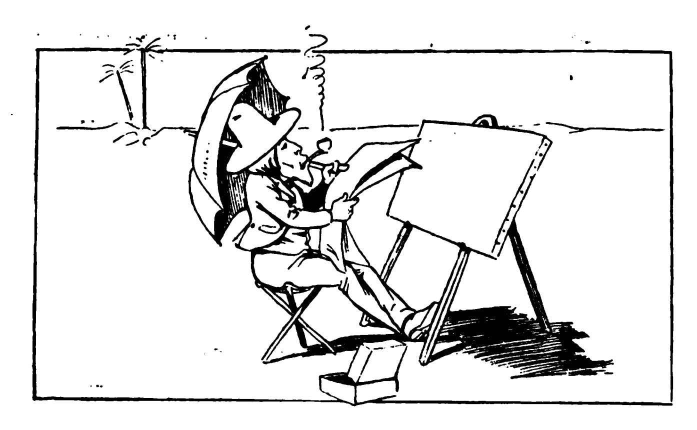
Y por si no se hacía esperar, preparó los bártulos,



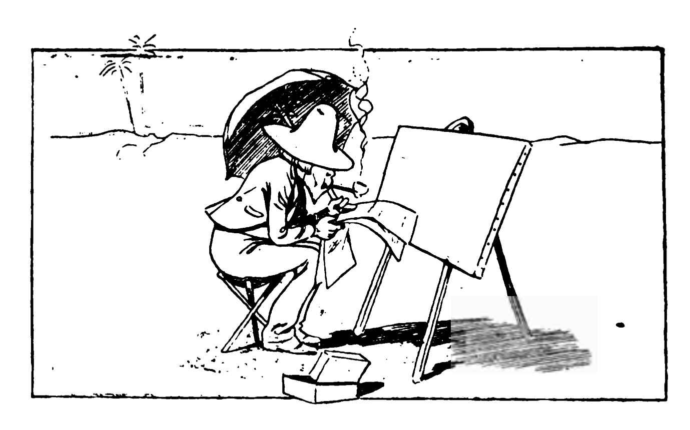
encendió la pipa,



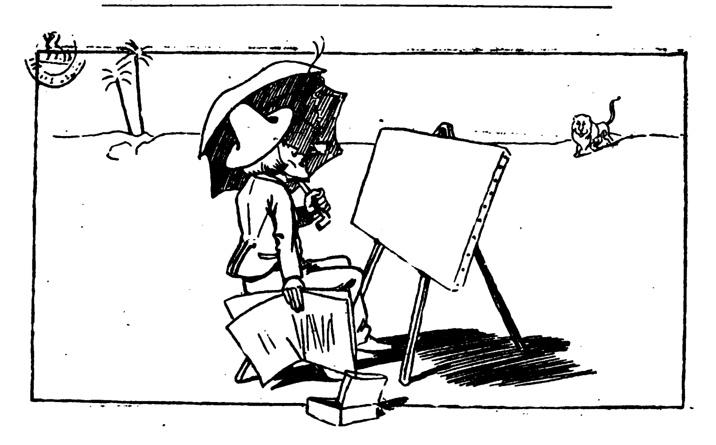
abrió la sombrilla para preservarse del sol,



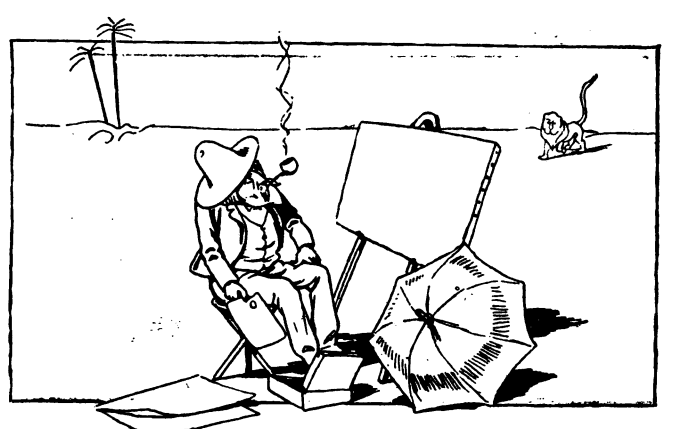
desdobló un periódico,



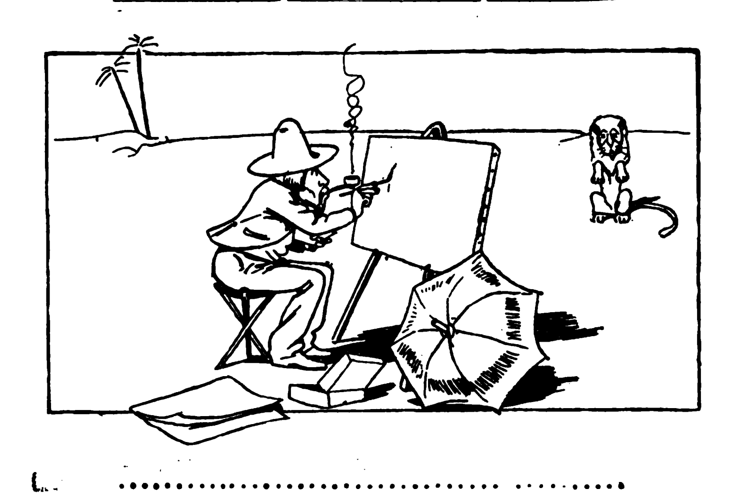
y se engolfó en la lectura de un artículo de fondo.



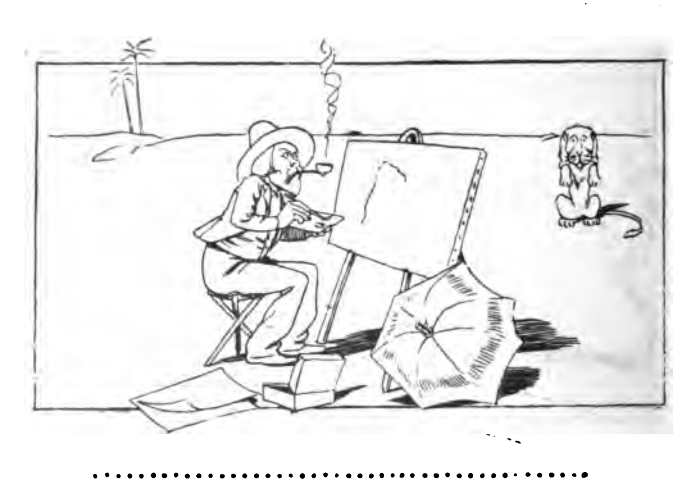
No se hizo esperar mucho el deseado modelo.



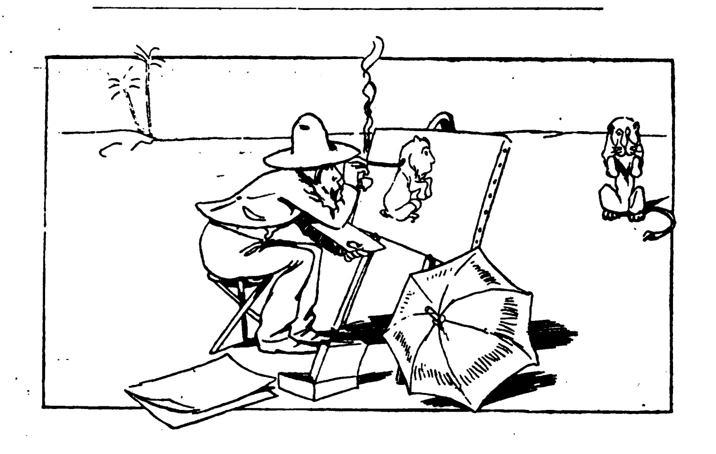
Manos á la obra.

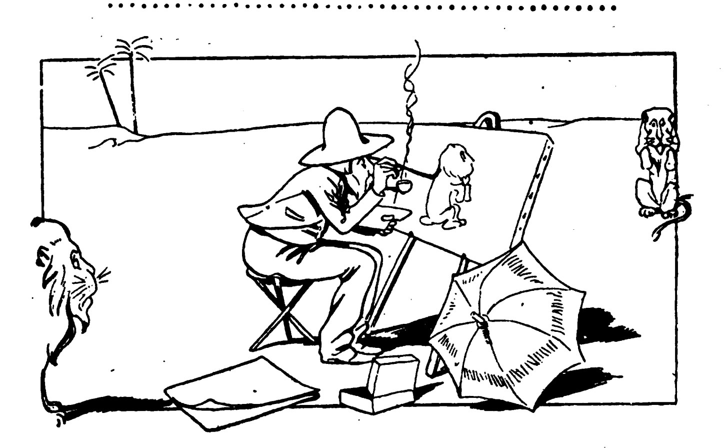


....

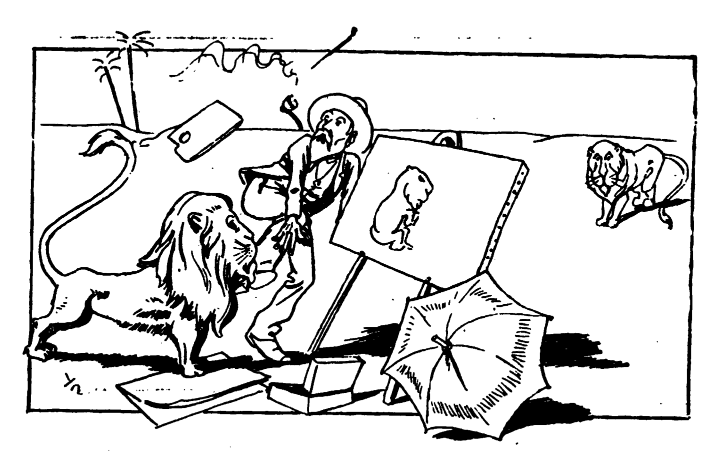


....

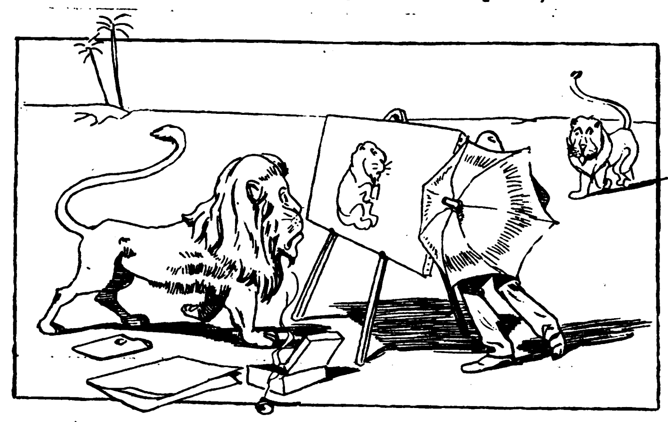




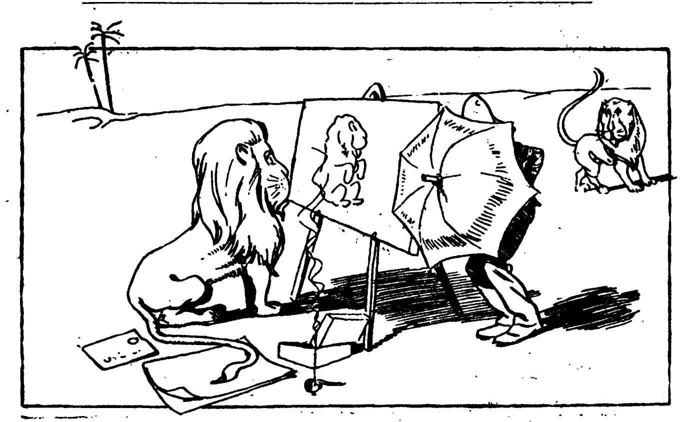
Lo que no esperaba él era el modelo por partida doble.



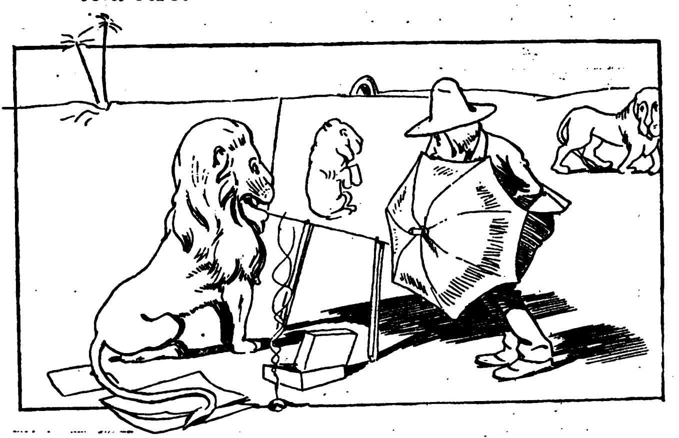
y naturalmente, se sorprendió un poco,



y encomendó su alma á Dios,



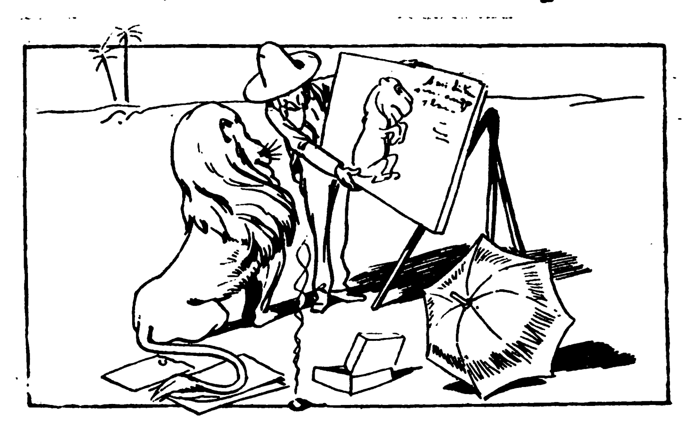
porque temía ser devorado de un momento á otro.



Pero no fué así. Cuando quiso ver en qué paraba aquello, halló al león riendo á más y mejor.



y, naturalmente, después de un cumplido saludo, deseó saber el motivo de tal alegría.



Que era porque había retratado horriblemente al otro león, su enemigo irreconciliable.



Y le regaló el retrato.



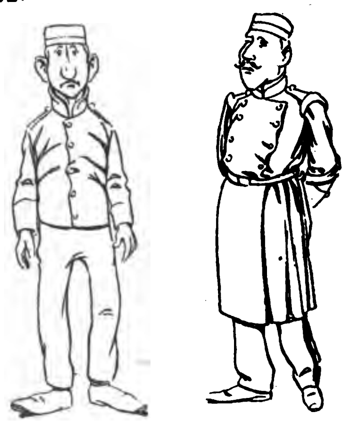
Instrucción del recluta.



—Mucho cuidado, muchacho. Media vuelta á la izquierda... ¡Mar!...



—¡Animal, eso es á la derecha! Vamos otra vez.



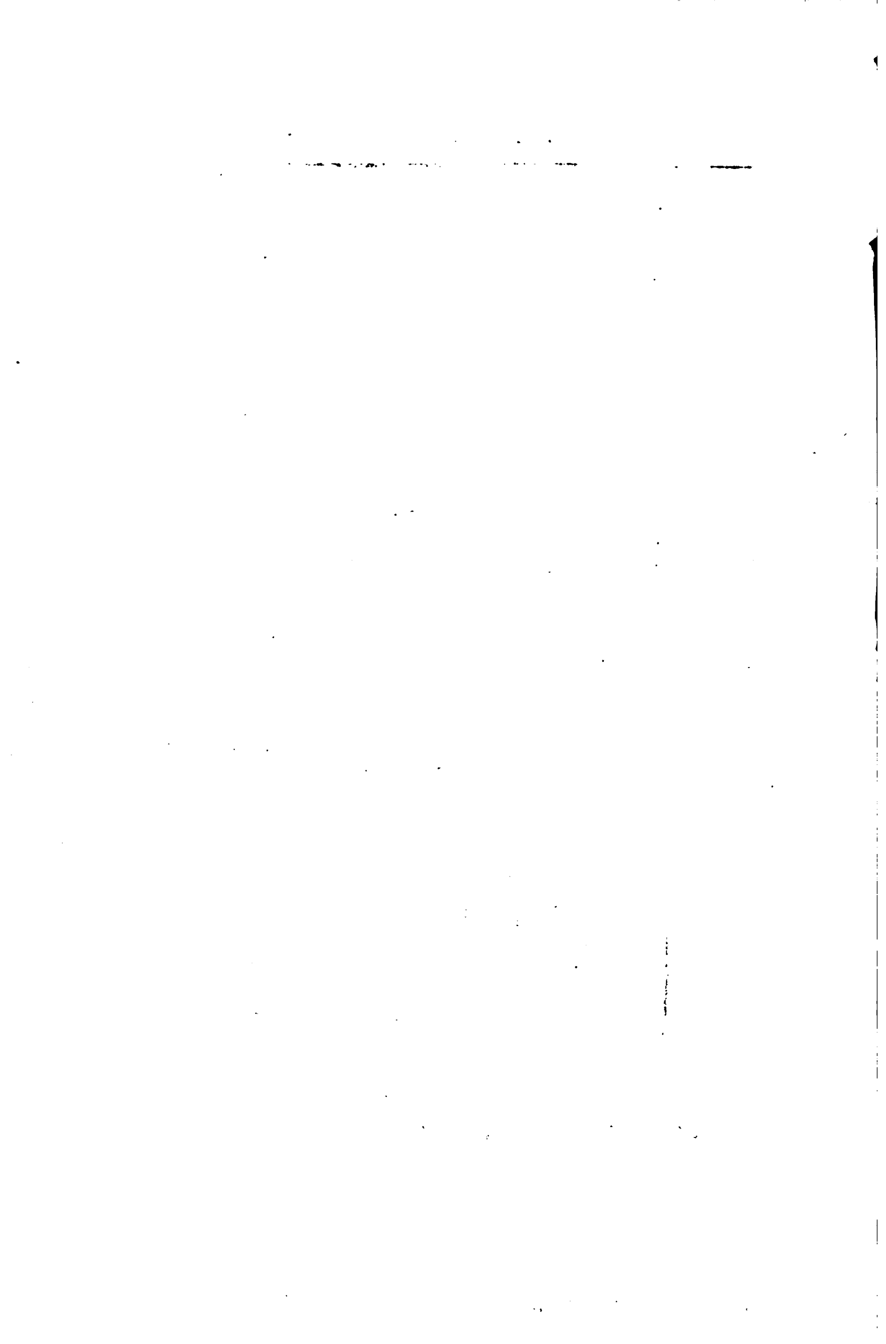
—Media vuelta á la derecha... ¡Mar!...



—¡Al revés, bárbaro! Pero ¿cuál es la mano izquierda?



—La que usté guste, mi primero.



El eterno femenino.



—Por aquí no pasa nadie. ¿Lo entiendes? Nadie.



Pues lo que es conmigo no se juega.



Vamos á ver quién es el guapo que se atreve á pasar.



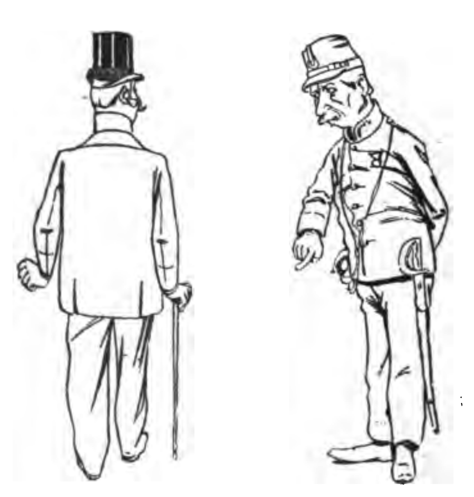
—Perdone V. E., pero no se puede pasar.



—Lo siento mucho, pero...



—Tengo orden...



—Haga usted el favor de retirarse.



—¡Atrás, atrás!



—¡He dicho que atrás!



—Pero ¿cómo se dice que atrás?



-Vamos, que ya me voy cargando.



—¡Atrás, ó!...



—¿También tú? ¡Por aquí no pasa ni Dios!



—¡Olé, la gracia y el garbo! ¡Pase usted salero!

¡Aquellos tiempos!



Él necesitaba una dama á quien soltar todos los cantos que le bullían en el cerebro.



Porque de seguir así, su existencia era un tanto aburrida.



Lo más inmediato era tomar informes, averiguar...



Llegó á un modesto mesón, donde pidió algo que comer, puesto que la poesía no estaba reñida con el estómago.



Y allí entabló conversación con el mesonero,



y por él supo que en un castillo no lejano había una dama á quien agradaban las trovas.



¿Dama dijiste? Pues vamos andando.



Y aunque el camino era un tanto dificultoso,



las ascensiones algo peligrosas,



y las cuestas un mucho arriesgadas,



pasó por todo hasta divisar el anhelado castillo, donde residía la deseada dama.



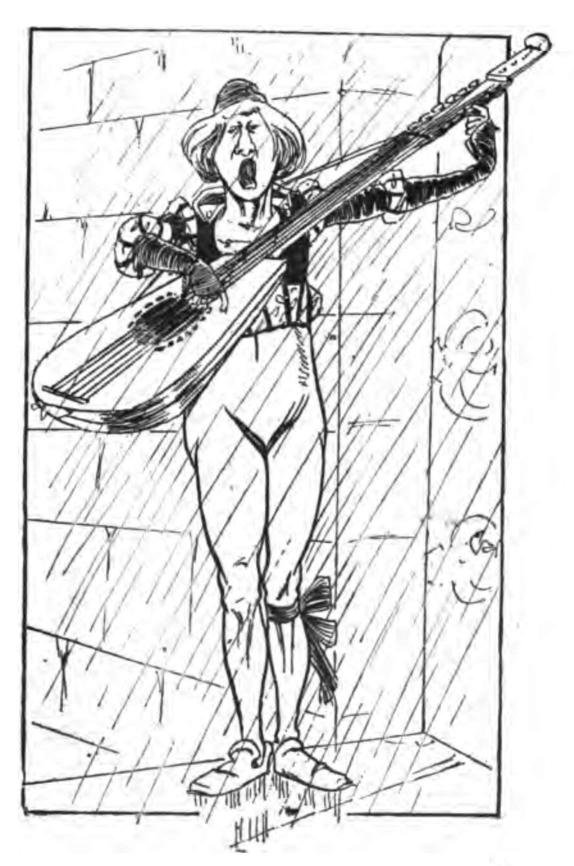
Llegó al foso, pisó el puente, y arrimado á la puerta templó la guzla,



preludió los primeros compases,



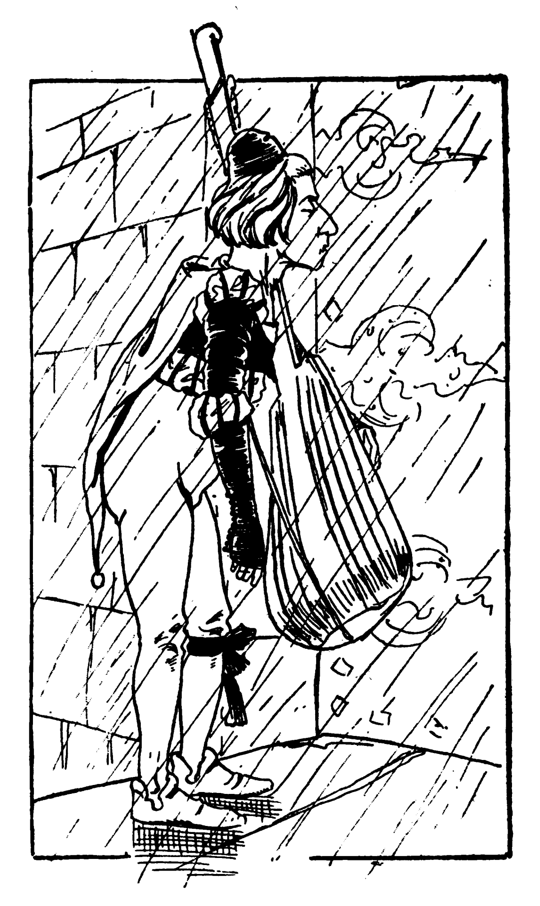
y se arrancó con una trova sentida y tierna.



Empezar su canto y abrirse las nubes, fué todo uno.



Pero no importaba. El objeto era rendir de amor á la bella



Que sin duda permanecía insensible, porque nadie respondía á su canto.



Pero cátate que llamó su atención un papel fijado en la puerta, y en el que pudo deletrear: *Se alquila*.

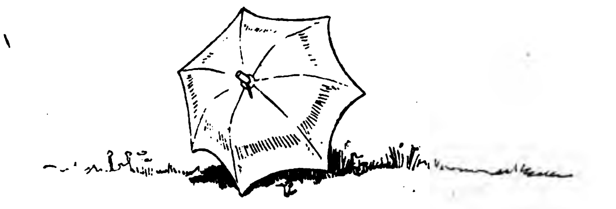


Aquello era inexplicable. Volvió furioso en busca del mesonero para que le descifrara el enigma.



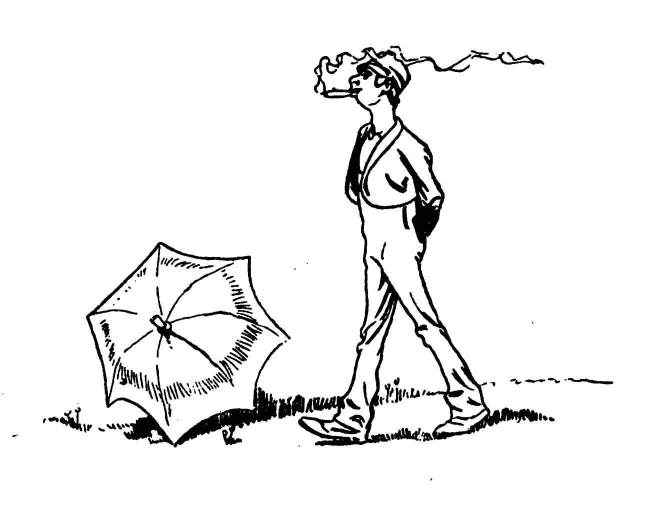
Quien lo descifró fácilmente diciendo que se le había olvidado advertirle que lo de la dama á quien agradaban las trovas lo había oído contar á un su abuelo que murió años atrás.

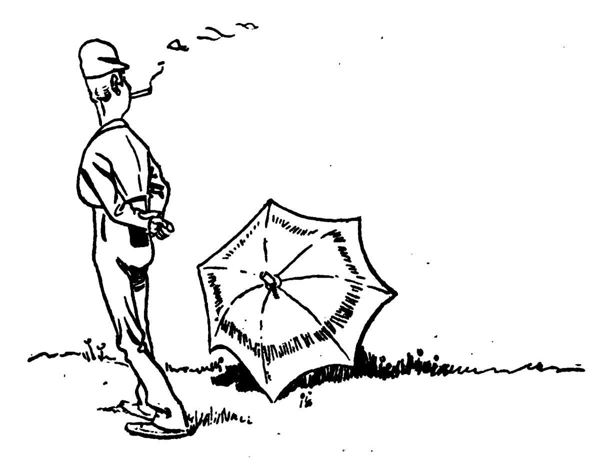
Robo en despoblado.







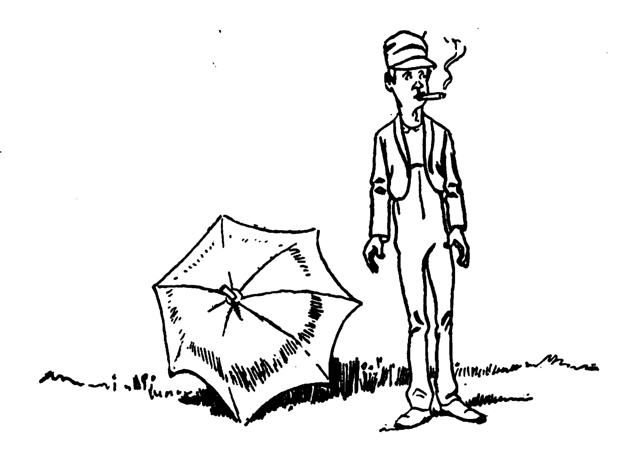




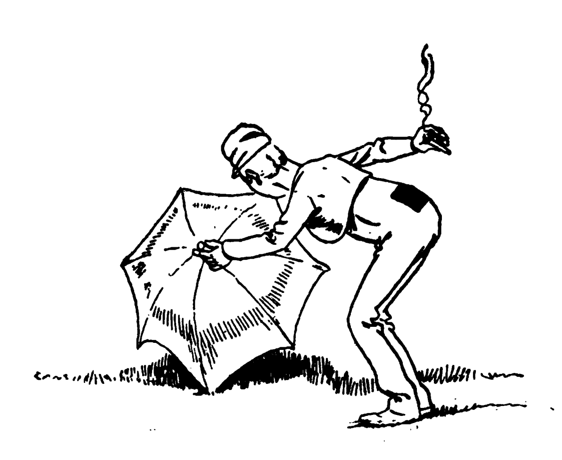
















Guardia de presos.



“Debe dejarse matar antes que permitir se le escape un solo preso.„



Por ahí no es fácil que se escapen.



Están tranquilos. No hay cuidado



Voy á ver qué me dice aquélla.



. . . .





¡Cabo de guardia, que se escapa uno!



—Animal ¿no te dije que te dejaras matar?

—Sí, pero si me dejo matar, se escapan todos.

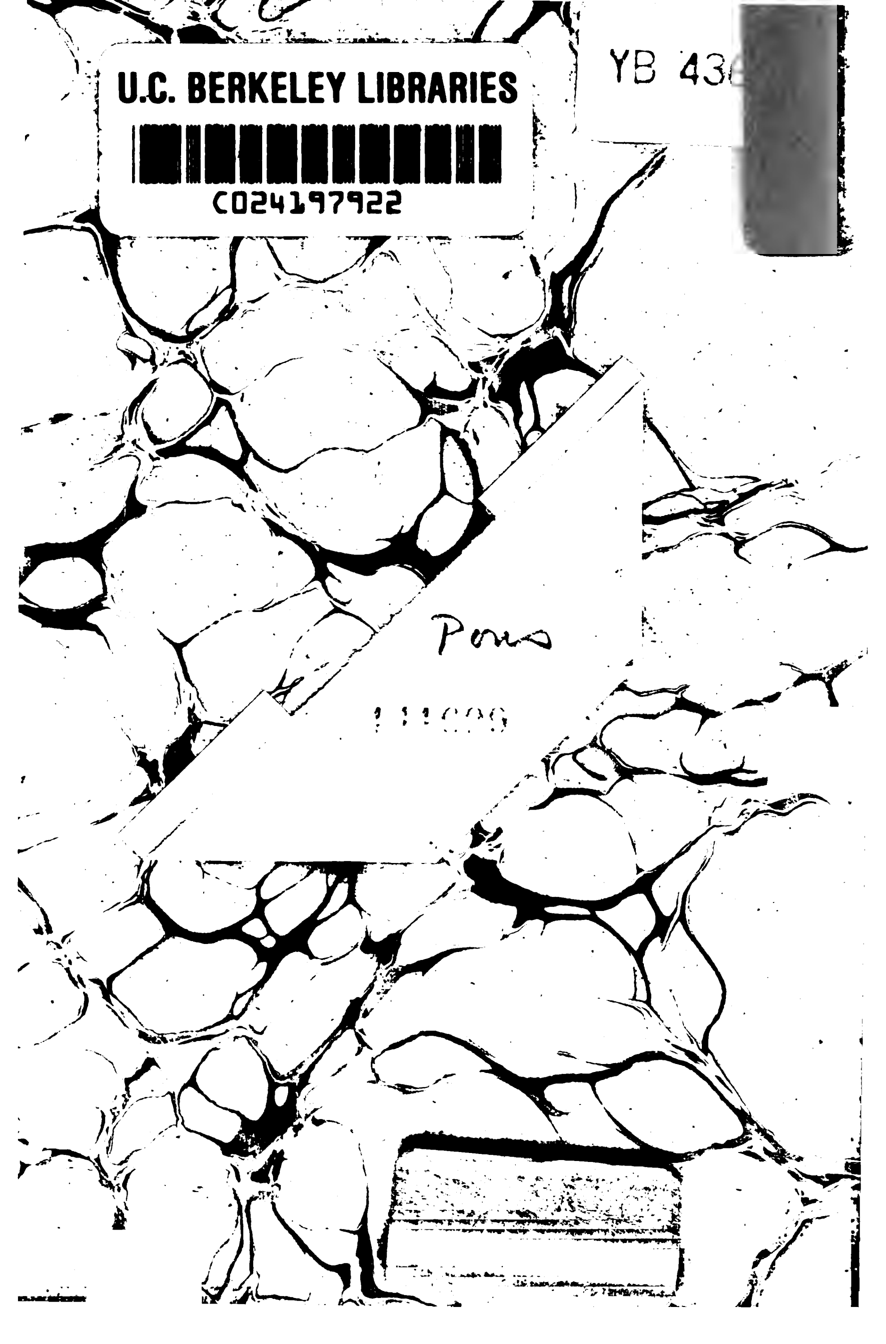




ÍNDICE

PÁGINAS




U.C. BERKELEY LIBRARIES
C024197922
YB 43

